

TRAGEDIA.

INTITULADA:

SARA SAMPSON.

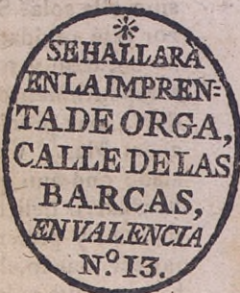
EN CINCO ACTOS.

ACTORES.

Sampson.
Waytuvell.
Mis Sara.
Marwood.
Un Mesonero.
Arabella.



Mellefont.
Norton.
Betty.
Ana.
Un Criado.



ACTO PRIMERO.

Sala de un Meson. El Caballero Sampson y Vvaytubell, de camino.

Cab. **A** Qui... ¿En este miserable albergue está hospedada mi hija?

Vva. Mellefont debe haber escogido el peor alojamiento de este pais para establecerse. Los delinquentes buscan siempre la obscuridad solo por la razon de serlo. Mas ; de que sirve el esconderse los hombres, si la tremenda voz de la conciencia, es mas poderosa que las acusaciones de todo un mundo! ¡Oh Dios! Señor, ¿vos llorais de nuevo?

Cab. Dexame llorar, querido Vvaytubell; ¿te parece que mi hija no merezca estas lagrimas?

Vva. ¡Ah! demasiado las merece aun quando fuesen de sangre.

Cab. Pues dexame llorar.

Vva. ¿Y una joven tan bella, tan amable, tan inocente, deberá ser de este modo Seducida? ¡Oh Sara, Sara! Yo la hé visto crecer : la hé tenido mil veces en mis brazos : hé admirado su graciosa sonrisa, sus balbucientes pueriles palabras. Aquellas tiernas producciones de la inocencia, hacian esperar un espíritu, una suavidad, una...

Cab. Eh, calla : ¿juzgas que mi presente situacion no penetra bastante el alma mia? ¿Para que irritas mis tormentos con la memoria de mi pasada felicidad? Trueca el estilo si quieres agradarme. Condena mi excesiva ternura : exagera el delito de mi hija : llena mi espíritu de horror contra ella: enciende mi venganza contra su detestable seductor: dime que Sara nunca fué virtuosa, pues ha dexado de serlo tan facilmente ; y que no me ha amado jamás, pues ha podido secretamente abandonarme.

A

Vva.

Vva. Si lo dixese, mentiría como indigno, y moriría como desesperado al rigor de mi remordimiento. No: Sara ha amado à su padre, le ama siempre; y si quisierais persuadirnos, hoy la vereis amorosa en vuestros brazos.

Cab. Solo de eso quisiera poder asegurarme. No puedo vivir sin ella, ella es el apoyo de mi vejez; ¿y quien suavizará los miseros amargos restos de mi vida, sino ella sola? Si me ama todavía, su error está olvidado: él fué hijo de un tierno corazón, y su fuga efecto natural del arrepentimiento. Semejante error es todavía mas precioso, que una virtud forzada. Mas... Vaituvell, conozco demasiado que aun quando el suyo fuese un verdadero delito, la perdonaría igualmente, y preferiría al desconsuelo de no ser amado, el serlo alomenos de una hija aunque culpable.

Vva. Enjugad vuestras lagrimas: llega gente. Será el Mesonero que sale à recibirlos.

Sale el Mesonero.

Mes. ¿Tan temprano, Señores míos? Bien venido, Vvaytuvell. Debeis de haber caminado de noche. ¿Es este el Caballero de quien ayer me hablasteis?

Vva. Si... Espero que segun estamos convenidos...

Mes. Señor, yo estoy en un todo à vuestras ordenes: à mí no me importa saber que motivos os conducen à mi casa, ni porque razon pretendéis hospedaros en ella de secreto. Un posadero debe agarrar su plata, y dexar hacer à sus huéspedes lo que quieran. Verdaderamente Vvaytuvell me ha dicho que pretendéis observar aquel forastero que de algunas semanas à esta parte se hospeda en esta casa con su jovencita esposa; mas yo espero que no querreis hacerle daño alguno, porque sería poner mi posada en mala reputacion. Y qualquiera pasaría sin mirarla. El ministerio mio quiere, que los que lo practican sepan vivir con todos,

Cab. No tengais cuidado. Conducidme al aposento que Vvaytuvell os ha pedido para mi. Mis inteciones son rectas.

Mes. Yo, Señor, no quiero penetrar vuestros secretos. Aborrezco la curiosidad. Hubiera podido saber quien es el tal forastero... pero... de ningun modo. No obstante he llegado à comprender que él viene profugo con aquella Señorita. La buena muger, ò bien sea niña, todo el dia tiene cerrado su aposento, y llora continuamente.

Cab. ¡Llora!

Mes. Llora, si Señor: mas vos; ¿porque llorais? ¿Deberé creer que aquella joven tenga alguna parte en vuestro llanto? No obstante, ella no es...

Vva. No nos entretengas mas.

Mes. Podeis entrar, quando gustareis. Una sola pared dividirá el quarto de la Señorita, que tanto interesa vuestro corazón, y que tal vez...

Vva. Y tu quieres saber por fuerza quien...

Mes. Vvaytuvell, yo no quiero saber nada.

Vva. Pnes despachate, y guianos al quarto destinado antes que los que están en esta casa se despierten.

Mes. Seguidme, si gustais.

Sala interior: Mellefont sentado, y apoyado en otra silla.

Mel. Vé aqui pasada terriblemente otra noche entre mil espantos. ¿Norton? Es menester que yo procure compañía, porque si quedase mas largamente solo con mis pensamientos, ellos pudieran conducirme à mas forzoso precipicio. ¿Eh Norton? Duerme todavía. Mas ¿no es crueldad el interrumpir su descanso? El es feliz. Mas yo no quiero à mi lado alguno que lo sea. ¿Norton?

Sale Nort. ¿Señor?

Mel. Ven à vestirme. Quando yo pueda dormir con mas descanso; permitiré que te levantes mas tarde. Ahora, sino quieres conocer tu deber, ten alomenos compasion de mi.

Nort. ¿Compasion, Señor? ¿Compasion de

usted?

usted: yo se colocar mejor mi compasion.

Mel. ¿Y como?

Nort. Oh , dexese usted vestir , y no me pregunte mas.

Mel. ¡Indigno! ¿Conque deban mirse tus vituperios à mi conciencia por traspasar-me el corazon? Te entiendo. Sé quien es el objeto de la compasion tu-ya. Igualmente hago justicia à Sara que à mi. No , no tengas alguna lèstima de tu Amo. Maldiceme con todo tu corazon : pero... Maldicete tambie , à ti mismo.

Nort. ¿Tambien à mi mismo?

Mel. Si , porque sirves à un culpable à quien la tierra no deberia sostener; porque te has hecho complice de sus delitos.

Nort. Yo? Còmo Señor? ¿De que suerte?

Mel. Con tu silencio mientras yo los cometia.

Nort. ¡Bueno! Pero yo sé que en el calor de vuestras pasiones , una palabra me hubiera costado la vida... Ademas de esto , quando yo empecé à conocerlos , no os encontré tal vez tan vicioso , que no fuese vana qualquiera esperanza de veros corregido? ¿Qué vida no os he visto practicar desde el primer instante que entré en vuestra casa? En la indigna compaña de jugadores y vagamundos... (yo los nombro segun lo que son , y no reparo en sus titulos) vos andabais consumando una facultad , que os hubiera abierto la senda à los mas altos honores. Vuestra reprehensible conducta con toda clase de mugeres , y en particular con la infame Marwood...

Mel. Ah , vuelveme à ese genero de vida que tu condenas : estoy por decir que él era virtuoso si se reflexiona aquel en que me hallo sumergido al presente. He destruido mis bienes , es verdad , mas el castigo me sigue ; y demasiado probaré dentro de breves momentos quanto tiene la indigencia de mas acerbo y doloroso. He frequentado conver-

saciones no licitas , pero yo era mas presto el seducido que el seductor , y aquellas que intentaba seducir , deseaban ser seducidas... Mas entonces la conciencia no me echaba en rostro la mancha de haber corrompido la virtud: no habia yo sumergido la inocencia en un abismo de desgracias. No habia robado una Sara à un padre que ama tanto , para forzarla à seguir à un delin- quente que no era libre en ningun modo ; no habia... ¿Quien entra en mi aposento tan temprano?

Nort. Es Betty.

Mel. ¡Tan temprano! Betty , ¿qué hace tu Señora?

Sile Bet. ¿Qué hace? Habia pasado ya la media noche , quando yo la persuadí à reposar un breve instante. Ella durmió algunos momentos. Mas , ¡oh Dios! ¿Qué sueño deberia ser aquel? Saltó del lecho improvisamente , cae entre mis brazos que parecia la siguiese un asesino. Temblaba la infelice , y sobre su rostro pàido corria un frio sudor. Yo hice lo posible por soségala; pero ella no me respondió hasta despuntar el dia. Entonces me abrió à la puerta de vuestro aposento muchas veces para ver si os habiais levantado. Si , vos , solo pudierais consolarla. Vamos; hacedlo por caridad; porque si ella continua en angustiarse de aquel modo , à mi se me quiebra el corazon.

Mel. Anda , Betty , dila que iré à buscarla dentro de un instante.

Bet. No Señor , ella quiere venir à buscaros.

Mel. Bien : dila que la espero. *vas. Bet.*

Nort. ¡Oh , Cielo! ¡Pobre muchacha!

Mel. Ah , y ¿à quien pretendes mover à compasion con tus exclamaciones? Vé aqui las primeras lagrimas que he vertido desde que salí de los pueriles años. Bello preparativo para recibir à una infelice que busca consuelo en su afliccion : pero ¿porque le pretende de mi solo? Mas ¿de quien deberia pretender-

le? Es preciso que yo me resigne. ¿Donde está la antigua firmeza con que yo podia mirar las lagrimas de unos ojos bellos? ¿Donde está el don de aquel disimulo que me hacia hacer y decir quanto yo queria? Ella vendrá, esparcirá amargo llanto, y yo confuso y lleno de rabor me presentaré à su vista con el semblante de un reo convencido. ¡Ah, Norton! Ayúdame con tus consejos. ¿Qué puedo hacer en este lance?

Nort. Concederla quanto os pidiere.

Mel. No; cometería una nueva crueldad para con ella. Condena Sara la dilacion de una ceremonia, que sin nuestra ultima raina, no se puede efectuar por ahora en este Reyno.

Nort. Pues abandonadle. ¿Porque titubeas? ¿Porque dexais pasar un dia y oro? Cometedme à mi el encargo, y antes de que entre mucho el dia estare sobre algun Navio, que os saque de estas playas. Tal vez no la acompañarán sus aflicciones à la otra parte del mar.

Mel. Asilo espero tambien. Mas ella viene.

Sale Sara.

El corazon se sobresaltó. Querida Mis, vos habeis pasado una noche muy inquieta.

Sar. ¡Ah, Mellefont! Sino fuese mas de una noche inquieta.

Mel. Retirate.

Nort. No me quedára, aunque me pagasen los momentos à peso de oro. *vase.*

Mel. Sara, vos estais debil: sentaos.

Sar. Yo os importuno à unas horas bastante incomodas, y con la mañana empiezo à repetir mis querellas. ¿Me lo perdonareis vos, Mellefont?

Mel. ¡Ah, Sara! Señal es de que yo no debo obtener el perdon vuestro, pues ha comparecido un nuevo dia, y no las he hecho cesar.

Sar. Os engañais. ¿Pues que yo ya no os he perdonado? Mas la decima semana Mellefont, la decima semana empieza hoy, y aun esta miserable casa me vé en la situacion del primer dia.

Mel. Mas si yo estais cierta...
¿cómo podéis inquietaros de tal suerte por la dilacion de las otras circunstancias?

Sar. ¿Y porque debo juzgarlas como cosas indiferentes? Disculpad en algo el modo de pensar de mi sexo. Yo me figuro que ellas hacen consigo una segura señal de la aprobacion del Cielo. Inútilmente he intentado aun despues de la platada tarde de ayer mismo, a loptar vuestras ideas en quanto á disipar aquellas dudas, que algunas veces habeis reparado como efectos de mi desconfianza. He lidiado conmigo misma, y fui tan ingeniosa, que llegué à cegar mi entendimiento: pero mi corazon, y un interior combate destruyeron en un momento tan fatigosa tarea. Voces de castigo y terror me despertaron en la tranquilidad de mi sueño, y mi fantasia se unió con ellas para atormentarme. ¿Qué imagenes! ¿Qué espantosos trasuntos me rodeaban! Yo quisiera sin embargo creerlos simples sueños.

Mel. ¿Cómo? ¿Mi querida, mi preciosa Sara, pudiera darles credito de sucesos reales? Sueños, amada Mis, sueños... ¡Oh quan desventurado es el hombre! Tal vez no habria para él bastantes tormentos en la extension de la realidad, que debia el Cielo acrecentarlos, creando dentro de ella otro circulo mas basto de imaginaciones.

Sar. No acuseis al Cielo. El Cielo ha dexado las imaginaciones à nuestro arbitrio. Y quando estas se conforman con nuestros deberes en prosecucion de la virtud, mas bien sirven de crecer nuestra seguridad y contento las imagenes que las acompañan. ¿Y todavía dudareis acelerar por mi amor la diligencia que no obstante habeis de hacer algun dia? Tened piedad de mi, considerando que quando me libreis solamente de los tormentos de la imaginacion, ellos son tormentos para quien los experimenta, y tormentos verdaderos. ¡Oh!

¡Si yo pudiese describiros alomenos en una parte la fuerza de los horrores de la noche anterior! Cansada de llorar y de lamentarme, continua ocupacion mia, casi sobre el lecho con los ojos apenas mal cerrados. La naturaleza queria ceder un momento para recoger amargas lagrimas; mas yo no dormia bien aun, quando repentinamente me hallé vecina á la parte mas inaccesible de un escollo espantosisimo. Vos me guiabais, y yo os seguia con pasos trémulos è inquietos, que con frecuencia animabais con alguna mirada que volvais sobre mi. Oigo de improvisò he- rir mi atencion una voz amiga, que me mandaba suspender mis pasos. Ella era la voz del padre mio. ¡Infeliz de mí! No es posible olvidarme de ningun modo. ¡Ah! La memoria tambien debe de serle fatal, y ni aun él podrá olvidarme. Mas no; ya no se acordará de su hija. ¡Consuelo cruel para su amable Sara! Escuchad Mellefont: mientras yo me volvia al sonido de tan conocida voz, vacila mi pie, yo temblaba, y me faltó poco para caer en el precipicio, quando me ví sostener por una persona que me semejava en gran manera. Yo queria demostrarla mi gratitud; mas sacando un puñal del seno, y diciendome te he librado, pero para sufrir la muerte de mi impulso, descargó sobre mí su brazo impio; y... ¡Oh Dios! Desperté con el golpe mortal en el pecho. Ya despierta, sentia quanto semejante golpe puede tener de dulce, quando se espera encontrar el fin de los afanes en el ultimo aliento de la vida.

Mel. ¡Ay Sara! Desvaneced la aprehension de un vano sueño.

Sar. En vos encuentro la razon de desvanecerle. Sea seducion, ò amor, desgracia, ò suerte favorable la que me conduxo á vuestros brazos, yo soy vuestra en lo interior de mi corazon, y lo seré eternamente. Mas no lo soy todavía á los ojos de aquel Juez que amenaza

castigar la transgresion mas ligera de sus preceptos. No interpreteis siniestramente mis instancias. Otra muger que con resolucion semejante hubiese perdido su honor, pretenderia recuperar una parte á favor de un nudo legitimo. Mas yo no sigo igual antecedente, ni quiero conocer otro objeto que la felicidad de amaros. Quisiera ser vuestra esposa, no por el mundo, sino por mi misma; y si lo llego á ser, soportaré voluntaria el rubor de no parecerlo. No os obligaré á declararme por tal. Podreis tener secreta nuestra union, quanto quisieréis; y yo sea para siempre vil, si procuro lograr una ventaja que la interior tranquilidad de mi conciencia.

Mel. ¡Ah! Callad, que yo muero á vuestros ojos. Bastante infelicidad es para mí, no tener razon de hacerlo; mas desdichada todavia. Reflexionad que os habeis abandonado á mi conducta. Que yo debo mirar por los dos para lo sucesivo, y ser ahora insensible á vuestras quejas, sino quiero escucharlas mas dolorosas todo el resto de vuestra vida. Vuestra virtud...

Sar. Mi virtud. . mi virtud... No pronuncieis jamás ese nombre. En otro tiempo era muy dulce para mí, pero ahora es la misma execucion de un rayo.

Mel. ¿Cómo? Luego aquel que comunmente se llama virtuoso, no debe haber cometido el mas ligero error, y uno solo puede lograr el fausto efecto de destruir la inocencia de una dilatada série de años? ¡Ah! Si fuese así, ningun hombre seria virtuoso. La virtud seria puramente una fantasma que se desvaneceria, quando se creyese tenerla entre los brazos. Si fuese así, el Cielo no hubiera podido medir nuestros deberes sobre nuestras facultades. El placer de castigarnos seria el unico golpe de nuestra debil existencia... Mas yo me lleno de terror en vista de las terribles consecuencias en que debe envolvernos vuestras pusilanimidad. No; vos sois todavia la vir-
tuo-

tuosa Sara. ¡Ah! ¿Conque ojos me mirareis á mi, si os juzgais vos misma tan rigurosamente?

Sar. Con los ojos del amor.

Mel. ¡Infame capricho de un primo moribundo que quiso dexarme sucesor de sus crecidos bienes, con condicion de que admitiera una esposa parienta que aborrezco tanto como me aborrece á mi! A vosotros, crueles tiranos de nuestras inclinaciones, á vosotros serán atribuidos todos nuestros yerros, y toda la infelicidad en que nos sumergió vuestra violencia. ¡Ah, si pudiese aliviarme el peso de esta vergonzosa sucesion! Mientras mis bienes paternos bastaban para sustentarme, yo la he despreciado siempre. Mas ahora que quisiera poseer todas las riquezas que tiene el Orbe, para ponerlas á esos pies, ahora que debo pensar en obstaros al mundo con la decencia correspondiente á vuestra clase, es necesario que vuelva la vista á esa desventurada herencia. Quien debe percibir la una parte de ella, no está distante de allanarse á un convenio. La facultad debe ser dividida, y pues no puede gozarla entera conmigo, se resigna en cederme la libertad á precio de la mitad de ella. Espero de un instante á otro la conclusion de este asunto, y al momento que llegue, partiremos á la Francia donde hallareis nuevos aliados que servirán de testigos á nuestra union.

Sar. Cruel! ¿Luego no se efectuará en mi patria? ¿Yo la dexaré como una rea, y me abandonaré como tal á la impiedad de los mares? ¡Ah! Quien puede con indiferencia confiar en una ligera tabla, quanto bien logra en el mundo; debe á la verdad tener un corazon mas impio, ó mas tranquilo que yo. En qualquier onda que rompiese en nuestra Nave, yo veria la muerte amenazadora. El viento mas ligero me haria desear vivamente las paternas playas; y la tormenta mas debil, me pareceria

una sentencia fatal. No, Mellefont; si yo sobrevivo á la conclusion de vuestro tratado no os debe disgustar deteneros un dia mas en Inglaterra. Y este debe ser el dia que me haga olvidar los tormentos de todos los otros que he pasado aqui sumergida entre mis lagrimas. El dia sacro... Mas ¡oh Dios! ¿Quando, quando llegará jamás!

Mel. Pero aqui faltaria á nuestra union aquella solemnidad, con que no obstante estamos en obligacion de hacerla.

Sar. Yo quedo sorprendida ¡Oh Mellefont, Mellefont! Sino me hubiese impuesto una sacra ley de no dudar de vuestro amor, esta circunstancia pudiera...

Mel. Puede el primer instante de vuestras dudas ser el ultimo de mi vida. ¡Ah Sara! ¿Quando he merecido yo que me hagais concever posible una sospecha en vos? Concedo que la confesion que me habeis oído de mis ya olvidados vicios no puede hacerme honor. Mas ella misma debiera inducirnos por lo menos á confiar mas de mi. La libertina Marwood me tenia prisionero entre sus redes, pues yo sentia por ella aquella pasion que se cree, y raras veces es amor. Aun llevaria muy vergonzosa cadena si el Cielo no hubiese tenido piedad de mi, y tal vez no hubiese juzgado mi corazon digno de arder de una llama mas bella. El veros, amada Sara, y el olvidar á quantas mugeres tiene el mundo, todo fué una cosa sola. Mas ¡ah! Quánta fatiga os costó el librarme de aquellos viles esclavones! Yo tenia demasiada familiaridad con el vicio, y vos le conociais muy poco. ¿Qué quieréis?

Sale Norton.

Nort. Quando yo volvia á casa, un Criado me entregó este villete dirigido á vos.

Mel. ¿Quien conoce mi nombre en este lugar? ¡Oh Cielo!

Sar. ¿Os sobresaltais?

Mel. Mas sin motivo, como reconozco ahora. Me habia engañado en el caracter.

Sar. Ojala os sea el contexto de esa carta tan grata como podeis desear.

Mel. Yo creo que me será indiferente.

Sar. Permitid que yo me vuelva á mi aposento. Quedando solo, no necesitareis violentaros para encubrir vuestra agitacion.

Mel. ¿Luego vos habeis concebido alguna sospecha?

Sar. No, Mellefont, no por cierto. *vase.*

Mel. Soi con vos al instante, querida

Mis. ¡Justo Cielo!

Nort. ¡Ay de vos si procede como tal!

Mel. ¿Y es posible que yo vea de nuevo esta impia letra sin quedar inmovil de horrorizado? ¿Y no es de su mano toda? ¿Mas que dudo todavia? ¡Ah, Norton!

Demasiado es esta una carta de la cruel Marwood. ¿Qué furia la ha descubierta mi morada? ¿Qué pretende de mi aun? Vé, y dispon al instante quanto fuese necesario para nuestra partida.

Mas no, difiere un instante. Tal vez no será preciso, tal vez mi desprecia-dora carta es el motivo de la colera de Marwood y del menosprecio con que se despicará en la suya. Toma, abre la, leela, tiemblo de tal suerte, que á mi no me es posible el abrirla.

Lee Nort. El nombre que está al pie de este escrito, será una dilatada carta, sino desdeñais honrarle con una breve reflexion.

Mel. ¡Funesto nombre! ¡No lo hubiese oído jamás! Y ojala quedases cancelado del libro de los vivientes.

Lee Nort. La fatiga que me ha costado descubrirlos, la pudo suavizar el amor que me ayudaba á buscarlos.

Mel. ¡El amor! ¡Audaz! Tú profanas un nombre consagrado á la virtud solamente.

Lee Nort. El me ha obligado á mas todavia.

Mel. Tiemblo.

Lee Nort. Me ha conducido siguiendo vuestros pasos.

Mel. ¿Traidor, qué lees? ¿Me ha con-

ducido siguiendo vuestros pasos?

Lee Nort. Yo estoy aqui, y depende de vos, ó el esperar mi vista, ó anticiparos con la vuestra.

Mel. ¡Horrible golpe! ¿Ella ha venido? ¿Y donde está? Pagará su atrevimiento con la vida.

Nort. ¿Con la vida? No le costará mas que una mirada el volver á veros á sus pies. Reflexionad lo que haceis. Señor, os conviene no verla. Sino lo evitais, es segura la desgracia de la pobre Sara.

Mel. ¡Infeliz de mí! No: antes es preciso que yo la hable, pues de otro modo me seguiria hasta el aposento de Sara, y todo su furor vendria á caer sobre aquella inocente.

Nort. Pero, Señor...

Mel. No hables mas. Veamos si me señala el lugar de su habitacion. Ella está aqui. Ven, y conduceme donde estubiere.

ACTO SEGUNDO.

Quarto de la Marwood en otra Osteria.

Marv. ¿Ha entregado Belfor la carta con toda seguridad?

Ana. Si Señora.

Marv. ¿A él mismo?

Ana. A su Criado.

Marv. Sufro con impaciencia no saber que efecto habrá hecho. ¿No te parece que estoy inquieta? Si; lo estoy realmente. ¡Traidor! Pero no me será util abandonarme al furor. La condescendencia, el amor y el ruego son las armas que puedo usar contra él tan solamente, pues conozco tanto la parte de que flaquea.

Ana. ¿Mas si él permaneciese obstinado todavia?

Marv. Entonces yo no me pondré cole-rica, sino furiosa. Lo siento, y quisiera haber salido ya del lance.

Ana. Entrad á vestiros, que él no tardará mucho en venir.

Marv. No, si viene, y no obstante no viene resuelto á esperar... ¿Mas sabes tú

en quien fundo la mayor esperanza de separar al infiel del nuevo objeto de su amor? En nuestra amada Arabella.

Ana. Teneis razon. Ella era su idolo. Y fué un gran pensamiento el traerlosla con vos.

Marv. Si su corazon fuese insensible á las voces de un antiguo afecto, le conmovieran sin duda las de la naturaleza. El habia apartado á Arabella de mis brazos maternos con el pretexto de hacerla dar aquella educacion que no podia recibir de mi; ni hubiera conseguido sacarla de las manos de quien la tenia en custodia, sino valiendome del arte, porque él habia pagado anticipadamente mas de un año de asistencias, y prevenido el dia anterior á su fuga, que no se diése credito á una cierta Marwood, que tal vez la reclamaria so color de ser su madre. Esta orden me hace conocer la diferencia que Mellefont supone entre nosotras. El mira á Arabella como á una preciosa parte de sí mismo, y á mi como una miserable, que abandonandose á él, llegó á disgustarle finalmente.

Ana. ¡Qué ingratitud!

Sale Criado. Señora, piden licencia para hablaros.

Marv. ¿Quien?

Criado. Creo que sea aquel Señor de la carta: alomenos viene con el Criado que la ha recibido.

Marv. ¿Mellefont? Presto: conducele aqui mismo. *Vase Criado.* ¡Ay Ana! El está aqui. ¿Cómo debo recibirle? ¿Qué le diré?

Ana. Serenaos, que llega.

Sale Mel. ¡Ah, Marwood!

Marv. ¡Ah, Mellefont!

Mel. ¡Qué mirada mas capaz de seducir!

Marv. Ven á la parte de mi jubilo, infiel pero amable fugitivo. ¿Porque te separas de mi con tanto enojo?

Mel. Marwood, yo esperaba de vos otro recibimiento.

Marv. ¿Cómo? ¿Exigirás acaso mayor

ternura? ¡Infeliz! ¿Porque no puedo expresar toda la que siento al mirarte? El regocijo de volver á verte comprime mis palabras. Tambien el contento hace verter lagrimas. ¡Mas ay de mi! Lagrimas perdidas. Las manos no las enjagan.

Mel. Marwood, pasó aquel tiempo en que un discurso semejante me hubiera transportado. Ahora es preciso que me hableis de otra suerte. Yo vengo solo á oír vuestros ultimos vituperios, y á responder segun merezcan.

Marv. ¿Qué vituperios podré yo decirte, Mellefont? Ninguno.

Mel. Pudierais haberme escusado la fatiga de venir aqui.

Marv. Joven estravagante, ¿porque me quieres obligar á recordarte un yerro que he perdonado en el punto de saberlo? Una breve inconstancia, una burla que me ha hecho tu galanteria, no merece vituperios. Ven aqui, riamonos entrambos.

Mel. Os engañais. Mi corazon tiene mayor parte en esa inconstancia, que en el amor que juzgué os tenia, y en quien no puedo pensar sin asegurarme.

Marv. Tu corazon, Mellefont, es un loco que siempre vivió engañado de tus imaginaciones. No obstante, si él no fuese el mejor y el mas leal entre todos, ¿crees que yo me expusiera á tanto afan para conservarle?

Mel. ¿Conservarle? Os digo que no le habeis poseído jamás.

Marv. Pues yo os aseguro que en su interior le poseo todavia.

Mel. Marwood, si creyera que poseyeseis aun la mas pequena parte de él, sabria arrancarme del pecho á vuestra vista.

Marv. Deberias arrancar con él tambien el mio.

Mel. ¡Qué Sirena! El mejor partido que puedo tomar es el de huir. Marwood, decidme en pocas palabras, á que fin me seguisteis, pero decidmelo sin aquella sonrisa, sin aquel mirar que

me estremece, y en quien pienso ver un abismo de seduciones.

Marv. Escucha, tierno amante. Yo bien veo el estado de tu corazón. Tus inclinaciones y tus deseos son ahora tus tiranos. Y bien: dexalos obrar. El oponerse à sus impetuosos movimientos sería locura. El medio mas seguro para adormecerlos y superarlos, es dexarles libre la campaña. Ellos se destruirán por sí mismos. ¿Puedes tú, caprichoso, echarme en cara el defecto de celosa, quando una belleza superior à la mia, te pudo hacer desleal por poco tiempo? Yo no me quejaba nunca de estas mudanzas tuyas, las cuales contribuian mas bien à mis ganancias que à mis perdidas. Tu volvias con mayor ardor que primero à quien te sugetaba el amor con dulces y leves lazos, no con pesadas cadenas. ¿Pues porque me crees capaz de creer ahora en un capricho del que tal vez me veo desautorizada, y sin algun derecho? Si el ardor que te hace sentir esa belleza, no se ha evaporado todavia, y sino tienes valor para separarte de sus hechizos, ¿quien te impide disfrutarlos todo el tiempo que quisieres? ¿Y que necesidad hai de formar el insensato proyecto de abandonar la patria para conseguirlo?

Mel. Marwood, vuestro language es correspondiente à vuestro caracter, cuya bajeza no he conocido à fondo, hasta que en compañía de una amiga virtuosa, he aprendido à distinguir el verdadero amor de un sentimiento menos delicado.

Marv. Yo estoy viendo que tu nueva querida debe de ser una muger de raros sentimientos metafisicos. Los hombres no sabeis lo que quereis de nosotras. Ahora os agradamos con los equívocos, con los discursos libres, ahora os enamoramos hablando solamente de la virtud, y mostrando tener en la lengua los siete Sabios de Grecia. No obstante seamos locas, ò sabias, libres, ò

modestas, de qualesquier modo tenemos la fatiga de hacerlos constantes. Aun tu querida hipocrita segurá su turno. ¿Quieres que te haga un compute ligero? Ahora te encuentras en el incendio mas vivo de la passion, y la concedo dos ò tres dias lo mas. A esta epoca sucederá un amor pasablemente tranquilo, à quien le pueden conceder unos ocho dias; la semana despues pensarás en semejante amor por accidente, la tercera te le volverá tal vez à la memoria, y quando estés cansado de oír discurrir en él, te verás reducido à la mas perfecta indiferencia tan prontamente, que apenas se le pueda señalar à este ultimo trueco, el termino de la quarta semana. Conque bien sumadas las cuentas, esto es cerca de un mes, Mellefont; y yo quiero concederle voluntaria solo al precio de no separarme en tanto de tu vista.

Mel. No sé que responderos, sino que en el espacio de pocos dias, me vereis en situacion que os precise à perder toda esperanza. En la esquila que os envié anterior à mi partida, habreis notado mi justificacion.

Marv. Haces bien de acordarme aquella carta. Dime por favor, ¿à quien mandaste que te la escribiera?

Mel. ¿Pues no la escribí yo mismo?

Marv. ¿Quien lo creeria? El principio es especialmente en que formas la cuenta de las sumas que pretendes haber gastado por mi, debe haberle escrito algun dispensero. En fin de qualquier modo, yo te voy à responder con toda seriedad. En quanto al punto mas interesante, no ignoras que tus dadas existen todavia, que yo no he hecho mucho aprecio de tus villetes de banco y de tus diamantes, bien como de cosa propia; y ahora los traigo conmigo, para volverlos à las manos de quien los recibí.

Mel. Guardalos, Marwood, guardalos.

Marv. ¿Y que derecho tengo yo de poseerlos, sino te poseo à ti mismo? Aun-

que no me quieras debes hacerme no obstante la justicia de no creer que soy una amante venal, que indiferentemente se aventura por qualquier genero de butin. Ven conmigo, y en breve serás tan rico, como tal vez lo fuiste, ò tal vez no, sino me hubieses conocido jamás.

Mel. Una Marvood no puede pensar tan noblemente.

Marv. ¿A este proceder das el nombre de nobleza? Yo no le llamo sino equidad. No, Señor, esta restitucion no me cuesta nada, y reputaria por afrenta el mas leve agradecimiento: pues solo al expresarle creeré que me dices: Marvood, yo te juzgaba una vil engañadora; te doy gracias de que alomenos no has querido serlo para mí.

Mel. Basta, Madama, basta: yo me ausento, porque mi estrella cruel me amenaza un contraste de generosidad en que sentiria mucho quedar vencido.

Marv. Ausentate enhorabuena; pero llevate contigo todo aquello que pudiera reclamarme tu memoria. Indigente, despreciada, sin socorro, sin amigos, acaso aventuraré entonces el medio de excitar tu compasion una vez sola. Yo no te presentaré nunca en la infortunada Marvood, sino una infelice que te ha sacrificado su propio nacimiento, su propia fortuna, su amor, su tranquilidad y sus remordimientos. Yo me obligaré à recordarte el primer dia en que me viste y me quisiste, el primer momento en que te ví y te amé, aquella primera tímida declaracion que me hiciste de tu afecto, la confesion que me obligaste à hacerte de mi tiernisima correspondencia, tus miradas, las suaves expresiones que las siguieron, y aquel silencio eloquente, por cuyo medio nuestras almas ocupadas una de otra, permitian leer en nuestros ojos sus mas intimos pensamientos. Yo traeré à tu memoria la de nuestra antigua felicidad, y abrazando entonces tus

rodillas, no cesaré de pedirte el solo y ultimo favor, que no me puedes negar sin avergonzarte, la muerte por tus propias manos.

Mel. Barbara! Todavia estoy pronto à dar la vida por ti; pidemela; pero cede toda pretension al amor mio: yo me veo precisado à dexarte, ò à ser de hoy mas, el horror de toda la naturaleza. Soy demasiado criminal en la accion de detenerme para escuchar tus discursos.

Marv. ¿Tú me debes dexar? ¿Y qué será de mí? En mi situacion yo soy una parte de ti mismo, y no puedes separarte de mí, sino deseas ser la causa de mi muerte. Pero Ana, yo conozco bien que mis ruegos solos son inutiles. Vé à buscar mi intercesor. El tal vez me pagará en este momento mucho mas que me ha debido. *Vase Ana.*

Mel. ¿De qué intercesor hablais, Señora?

Marv. De aquel de que no me privaré, no obstante tu diligencia, La naturaleza llevará sus lamentos à tu corazon por un camino mas breve.

Mel. Tiemblo: confio, que no tendreis...

Sale Ana y Arabella.

¿Qué veo? Es ella: Marvood, como os habeis atrevido...

Marv. ¿Pues que yo no soy la madre? Ven, Arabella, ven, reconoce tu protector, tu amigo, tu... ¡Ah! El corazon te diga lo mas, que puede ser tuya.

Mel. ¡Oh Cielos! ¿Qué será de mí?

Arab. ¿Sois vos, Señor, sois nuestro Mellefont? Pero no, no es él: si lo fuese, me miraria, me cogiera entre sus brazos como siempre lo ha hecho. ¡Pobrecita de mí! ¿En qué he podido ofender à este buen amigo que tanto me acariciaba, y que tal vez me permitió el nombre de hija?

Marv. ¿Callas, Mellefont, y no das siquiera una mirada à esta infeliz inocente?

Mel. ¡Oh Dios!

Arab. El suspira, Señora: qué tiene? ¿No podrémos consolarle, ni vos, ni yo? Sus-

Suspirémos alomenos con él. ¡Ah! Ya me mira. No, vuelve los ojos á otra parte. Mira al Cielo. El quiera concederle todos los bienes posibles, aunque hubiese de quitarmelos á mí.

Marv. Vé, hija mia, vé á arrojarte á sus pies. Intenta abandonararnos para siempre.

Arab. ¿Vos abandonaros? ¿Vos que habeis dicho tantas veces que nos amabais? ¿Lo que se ama se puede abandonar? Es menester decir que yo no os quiero, porque no puedo dexaros, ni os dexaré mientras viva.

Marv. Yo te ayudaré á rogar, hija de mi alma. Y bien, Mellefont, ya me vés á tus pies.

Mel. Marwood, peligrosa Marwood... y tambien tu, siempre querida Arabella, ¿os conjurais contra vuestro Mellefont?

Arab. ¿Yo contra vos?

Marv. Mellefont, ¿qué resolucion es la tuya?

Mel. La que no deberia ser jamás.

Marv. Ah, sé muy bien que tu probidad ha triunfado siempre de tus caprichosos deseos.

Mel. No deis otro asalto á mi corazon. Yo soy ya, segun me quereis, perjuror, seductor, aleve y asesino.

Marv. Si; lo serás por algunos dias en tu idea, pero luego conocerás que yo te he impedido el serlo verdaderamente. Disponte á volver á Londres con nosotras.

Arab. Ah si; venid con mi madre.

Mel. ¿Contigo? ¿Y puedo hacerlo?

Marv. Facilmente.

Mel. ¿Y Sara?

Marv. Sara verá donde es su intencion quedarse.

Mel. ¡Ah barbara! Ese discurso me hace penetrar el fondo de vuestro corazon... ¿Y yo, insensato, no sé volver sobre mi mismo?

Marv. Si le llegaste á penetrar, como dices, habrás conocido que yo tengo mas compasion de tu querida Sara que

tu propio, pero compasion verdadera, y no como la tuya, interesada, y producida de la debilidad del corazon. Tú te adelantaste mucho en este caso. El robar á un padre una hija unica, hacer amargos y dificiles los pasos que un venerable viejo dirige hácia el sepulcro; y el romper todos los nudos de la naturaleza son yerros suniamente imperdonables. Repara por tu delito en la parte que todavia es posible; vuelve á un Anciano infeliz su unico apoyo, y restituye una joven demasiado credula á su casa paternal, que seria sobrada crueldad ver destruida por haberla deshonrado.

Mel. No faltaba á la Marwood otra cosa sino emplear contra mí el socorro de mi conciencia. Mas supuesto que fuese verdad quanto dice, ¿con que valor me atreveré á proponerselo á la miserable Sara?

Marv. Yo te he escusado esa confusion. Al instante que he descubierto tu retiro, se le he hecho advertir secretamente á su Anciano padre, que colmado de alegria se puso luego en marcha, y me admiro como no ha llegado ya.

Mel. ¿Qué decis?

Marv. Espera su venida tranquilamente, y no se la comuniqués á Mis Sara. No quiero detenerme mas. Vuelve á su vista, que tal vez tu demora la pudiera hacer concebir sospechas. Me lisongeo de volverte á ver hoy mismo.

Mel. ¡Ah, Marwood! ¡quan distintas son ahora mis intenciones de las que tuve quando venia á verte! Dame un beso, querida Arabella.

Arab. Aquel ha sido por vos, ahora quiero otro por mí. Volved presto. *Vas. Mel.*

Marv. Victoria, querida Ana, pero me ha costado bastante. Acercame aquella silla. No puedo mas: ya era tiempo de volverle á mi dominio. Si tardase un instante le hubiera mostrado una Marwood muy diversa.

Ana. ¡Ah, Madama! ¡Qué muger sois! Yo

no sé quien ha de poder resistiros.

Mar. El me ha resistido demasiado, y no le perdonaré jamás el haberme puesto en terminos de ponerme á sus pies.

Ana. Ah no, no; es menester perdonarse lo todo. El es tan bueno...

Marv. Calla tú, loca.

Arab. Habeis sabido embestirle por su fiaco: pero lo que mas le ha dado golpe, fué aquel desinterés con que le insinuasteis la intencion de restituírle sus regalos.

Marv. Tambien yo lo creo. Ah, ah, ah!

Ana. ¿Porque os reis? Sino lo deciais de veras, os aventurasteis á que os cogiese la palabra.

Marv. ¡Bueno! Sabia yo muy bien con quien hablaba. *Sale Mellefont.*

¿Mas qué miro? ¿Porque vuelves tan presto, Mellefont?

Mel. Porque me bastan pocos instantes para volver en mi mismo.

Marv. ¿Cómo?

Mel. Yo estaba sorprendido, mas no persuadido. Marwood, perdisteis vuestra fatiga. Un aire menos contagioso que el de este quarto, me ha vuelto mi espíritu y mis fuerzas para romper un lazo tan perjudicial. ¡Qué indigno fui! ¿Luego yo no conocia todos los engaños de la artificiosa Marwood?

Marv. ¿Qué language es ese?

Mel. El de la verdad y el del enojo.

Marv. A espacio, Mellefont, ò empezaré yo tambien á tenerle.

Mel. Yo he vuelto por no dexaros un instante en un error, que pudiera hacerme despreciable aun á vuestros mismos ojos.

Arab. ¡Ay Ana!

Mel. Miradme sin embargo con todo el horror posible. ¿Y yo he podido valancear un punto entre una Marwood y una Sara, casi en terminos de decidir en favor de la primera?

Arab. ¡Ah, Mellefont!

Mel. No temas, vida mia: por ti tambien he venido. Dame la mano y sigueme.

Marv. ¿A quien ha de seguir, traktor?

Mel. A su padre.

Marv. Vé, inhumano, y acaba de conocer primero á la madre suya.

Mel. La conozco: es la afrenta de toda su familia.

Marv. Ana, conducela á dentro.

Mel. Arabella, no te vayas.

Marv. No hagas violencia, ò...

Ana se la lleva.

Ahora ya estamos solos. Dime otra vez si aun insistes en sacrificarme á una joven insensata?

Mel. ¿Sacrificaros? Me haceis acordar de que á los Dioses antiguos, tambien se les sacrificaban las victimas impuras.

Marv. Manifiesta tus afectos sin tantas doctas imaginaciones.

Mel. Pues sabed que he resuelto no pensar jamás en vos, y no nombraros sin las imprecaciones mas terribles. ¿Quien sois vos y quien es Sara? Suprimiré el cotejo por cancelar en parte el rubor de haberos querido. Mas si ahora hecho de ver quien es la Marwood, bien caro me cuesta este conocimiento; pues me cuesta mi fortuna, mi honor y mi felicidad.

Marv. Yo quisiera que te costase el alma, monstruo: ojala fuese peor que tu ponderas, antes que haberte conocido... A mi me bastaba ser vista como una muger sin mancha en su opinion, y solamente por ti, por mi sobrada condescendencia, en haber admitido tu corazon sin tu mano, soy el objeto de la murmuracion comun.

Mel. Justamente esa condescendencia es vuestro delito.

Marv. ¿Y no te acuerdas á quantos artificios infames se la debiste? ¿Y no me asegurabas que no te podias empeñar en una publica union, sin perder una heredad que no querias dividir sino conmigo? ¿Es ahora tiempo de renunciarle por otra?

Mel. Para mi es un placer poder deciros que esa dificultad estará pronto vencida.

da. Contentaos con la disipacion de mi patrimonio, y dexadme gozar en paz un leve resto con una virtuosa compañera.

Marv. Ahora acabo de conocer lo que te hace tan altivo. Y bien, yo no quiero perder una palabra. Executa quanto quieres. Pondré en practica todo esfuerzo para olvidarte, y lo primero que haré à fin de conseguirlo será... Tú me entiendes. Estremezcate el destino de Arabella. Mi crueldad, pero no su vida deberá perpetuar en los venideros la memoria de mi despreciado amor. Reconoce en mi una segunda Medea.

Mel. Marwood...

Marv. O si te es noricia una madre aun mas cruel, mirala en mi duplicada. Un veneno, ò un puñal vengarán mi injuria. Pero no; el puñal y el veneno serian medios demasidamente piadosos. Acabarian muy pronto la vida de mi hija, y la tuya, y yo no quiero verla muerta; quiero verla morir. Quiero con lentos martirios verla desmayar, consumirse y desaparecer en su rostro toda faccion en que pueda semejarte. Yo, yo sentiré entonces alomenos quan gustosa es la venganza.

Mel. Marwood, el furor es enagena.

Marv. Ah, tu me haces acordar de que yo no le exercito contra quien lo merece. El padre será la primer victima. Muere, traidor.

Mel. Monstruo, ¿quien me impedirá volver contra tu pecho este puñal? Pero, vive; que tu castigo se reserva para otra mano.

Marv. ¡Oh Dios! ¿Qué he hecho? Mellefont.

Mel. Tu arrepentimiento no me engaña. No sientes haber querido matarme, sino el no haber podido ejecutarlo.

Marv. Dame ese puñal que cometió tal yerro. Vuelvemele, y verás para quien le habia preparado. Yo queria traspasar con él un corazon mas pronto à renunciar la vida, que tu memoria.

Mel. Ana?

Sale Ana.

Marv. ¿Qué vas à hacer, Mellefont?

Mel. ¿Has oido que furia se reviste en esta muger?

Ana. Señor, estais fuera de vos mismo.

Mel. Sabe que yo te he de pedir cuenta de Arabella. Sabré poner dentro de poco en seguro aquella vida inocente, y la justicia sabrá ligar las manos à una madre tan cruel, à una homicida.

Marv. ¿Adonde vas, Mellefont? ¿Es extraño que mi dolor me quite el dominio de mi entendimiento? ¿Quien me transporta sino tú à extravagancias tan ajenas de la naturaleza? ¿Y donde puede estar Arabella mas segura que conmigo? Mis labios se enfurecen contra su vida; pero siempre me queda el corazon de una madre. Ah, Mellefont! Olvidad mis furoros, y para justificarlos, meditat el motivo de ellos.

Mel. Sola una resolucion me puede inducir à olvidarlos.

Marv. Qual es?

Mel. Que vuelvas à Londres incontenuti. Yo te haré conducir à Arabella por otra mano, y tu no tendrás que cuidar mas de ella.

Marv. Y bien, yo quiero adaptarme à todo. Mas concedeme solo un favor todavia. Dexame ver por una vez alomenos tu querida Sara.

Mel. A que fin?

Marv. Al de leer en sus miradas todo el contexto de mi destino futuro; al de juzgar si es digna de haberte hecho infiel conmigo, y si puedo esperar en adelante recuperar una parte de tu amor.

Mel. ¿Vana esperanza!

Marv. ¿Quién será tan cruel que quiera envidiar à un infelice? Yo me presentaré, no como Marwood, sino como una parienta tuya. Tú la anunciarás mi visita baxo este nombre: tú estarás presente à ella, y yo te prometo por quanto hay de mas sagrado de no decirla una minima palabra por donde

pueda recibir el mas leve disgusto. No te escuses à mi ruego. De otro modo haré quanto sea posible por comparacer à su vista como quien soy y como contraria suya.

Mel. Este ruego, Marwood... te le podria conceder. ¿Pero abandonarás luego este sitio?

Marv. Ciertamente; y aun haré mas impediré, si es posible, que su padre llegue à sorprenderos.

Mel. Eso es necesario. Creeré se digna de comprenderme à mi tambien en el perdon que concederá à su hija. Sino lo hiciese, yo sabré como deberé tratarle. Voy à anunciarte à mi querida Mis; pero acuerdate, Marwood, de sostener tu palabra. *Vase.*

Marv. ¡Ay Ana! ¿Porque no corresponden las fuerzas à nuestro valor? Vén à vestirme. Yo no me separo jamás de mi proyecto. Es preciso adormecerle en el seno de la seguridad. Vamos.

ACTO TERCERO.

*Salon en la primera Osteria. El Caba-
llero y Waytuvell.*

Cab. Toma, Waytuvell. Llévala esta carta de un tierno padre, que no se queja sino de su separacion. Dila que yo te he enviado delante, y que espero su respuesta antes de venir yo mismo à estrecharla entre mis brazos.

Wa. Hacedis bien en preparar asi el lance de encontrarla.

Cab. De este modo me certifico de sus ideas, y la subministro la ocasion de desfogar sus lamentos, y el rubor que el arrepentimiento la puede sugerir. Ella probará menos confusion de esta suerte, y yo tal vez esparciré menos lagrimas.

Wa. ¿Podré preguntaros lo que habeis resuelto en quanto à Mellefont?

Cab. ¡Ay Waytuvell! Si yo pudiera separarla del amante de mi hija, tomaria contra él la resolucion mas terrible: pero como esto no es facil, infiere en

consequencia que à mi pesar está seguro. En esta desgracia, la culpa mayor es mia. Sino por mí, Sara no hubiera conocido à aquel hombre peligroso. Yo le concedí, por una obligacion que imaginaba tenerle, un ingreso demasiado libre en mi casa, y era bien natural, que la gratitud y la atencion que yo le demostraba, debiese agregarle tambien la estimacion de mi hija, y que un hombre que piensa solo en sus devaneos se valiese de estimacion semejante para trocarla en sentimiento mas activo. El tuvo arte para hacerlo antes que yo le conociese, y me informase de su conducta. Habia sucedido la desgracia, y hubiera hecho bien en perdonarlos al momento, mas yo quise permanecer inexorable en quanto à él, sin reflexionar que no podia serlo contra él solo. Si hubiese moderado mi demasiado tarda austeridad, habria impedido su fuga por lo menos. Ahora me veo, ¡ay Waytuvell! reducido à buscarlos yo propio, y à juzgarme felice todavia si puedo trocar en un hijo el seductor. ¿Quien sabe si él querrá renunciar su Marwood, y sus viles semejantes por una inocente joven que se ha abandonado à él, y que entiende tan poco el arte de seducir tan comun à otras mugeres?

Wa. Señor, no es posible que un hombre sea tan iniquo...

Cab. ¡Ah buen Waytuvell! la duda hace honor à tu virtud. ¡Ojala no se estendiesen mas adelante los limites de la malicia humana! Anda, y haz quanto te he dicho. Observa todos sus movimientos mientras lee. En su momentanea ausencia de la virtud no puede haber aprendido aquella simulacion à quien recurre el vicio radicado. Tú podrás leerla el alma en el semblante. No dexes huir cosa alguna que pueda denotar indiferencia en quanto à mí, u desprecio de su padre; porque si tu perudieses hacer esta infeliz descubierta, y

ya ella no me amase como tal, espero saber vencerme entonces, y abandonarla á su destino. Si lo espero, Waytúvell. ¡Oh, si mi corazón que palpita, no contradixese esta esperanza!

Se van los dos por distintas partes.

Quarto de Sara. Ella y Mellefont.

Mel. Hice mal en dexaros, querida Mis, en una ligera inquietud sobre el proposito de aquella carta.

Sar. No, Mellefont; yo por eso no quedé inquieta. Vos me podeis amar sin confiarne todos los secretos.

Mel. ¿Luego creerias que aquel lo fuese?

Sar. Si; mas no perteneciente á mí en nada, y esto debe bastarme.

Mel. Sois demasiado complaciente. Mas sin embargo, permitidme descubrirlo. Una parienta mía, que pudo penetrar mi existencia, pasando por aquí á Londres, y precisandola hablarme, me ha escrito, y al mismo tiempo solicita el honor de presentarse á vos.

Sar. Bien sabéis internamente que no es esta la interpretación que debeis dar á mis palabras.

Mel. Si es verdad, luego ellas no son injustas.

Sar. ¿Cómo se llama esta parienta?

Mel. Se llama... Ledi Solmes. Me habeis oido nombrarla muchas veces.

Sar. No me acuerdo.

Mel. ¿Podré rogaros que os permitais á recibirla?

Sar. ¿Rogar? Podeis mandarmelo; mas...

Mel. ¡Qué expresion! No; ella no tendrá la fortuna de veros. Lo sentirá, pero deberá conformarse. Mis Sara tiene sus razones, y yo las respeto sin saberlas.

Sar. Sois demasiado pronto. Yo esperaré á Miledi, y procuraré hacerme digna en quanto me fuese posible del honor de su visita. ¿Estareis contento?

Mel. Ah, Mis, dexadme confesar mi ambicion. Yo quisiera ostentar mi dicha á todo el mundo. Sino estuviese vanaglorioso de poseeros, me vituperaría á mi mismo el no conocer quanto valeis.

Voy, y os presento al instante á Miledi. *Vase.*

Sar. Quiera el Cielo que esta Miledi no sea una de aquellas mugeres soberbias, que poseidas de su virtud, creen ser superiores á toda debilidad; que con una mirada despreciante nos forman el proceso; y á las quales un equivoco levantar los hombros les parece toda la compasion que merecemos.

Betty á la puerta.

Bet. Entrad, si quereis hablar con mi Ama.

Sar. ¿Quién es el que debe hablarme? ¿Pero qué miro? ¿Waytúvell...

Wa. Quan felice soy, pues logro volver á ver á nuestra Mis Sara.

Sar. ¡Oh Dios! Me parece oír... Si; tú me traes las nuevas de la muerte de mi padre. El mas virtuoso entre los hombres, el padre mas amoroso es muerto, y yo soy la desdichada que le ha cortado la vida.

Wa. ¡Ah Mis!

Sar. Dime, dime presto, que mi memoria no hizo mas amargos sus ultimos instantes. Que ya me tenia olvidada, que murió tranquilo como se prometia morir entre mis brazos.

Wa. Cesad de atormentaros con imaginaciones tan falsas. El Señor Guillermo vive todavia.

Sar. ¿Vive? Es verdad? Oh quiera el Cielo acrecentar el numero de sus dias aun á costa de mi muerte! ¡Pero ay!

Waytúvell, dime alomenos que no se le hace penoso el vivir sin mí; que no le es difícil el renunciar á una hija, que ha podido tan facilmente renunciar á las virtudes; que mi fuga pudo irritarle; pero no alterar su salud; que me maldice y no me compadece.

Wa. ¡Ah! él es todavia el mismo padre tiernisimo, asi como Sara es aun su tierna hija.

Sar. ¿Qué me dices? Tú eres un mensajero de desgracias, de la mas horrible desgracia entre quantas me ha representado

tado jamás mi enemiga imaginación! Luego me ama. Luego me debe suspirar. Pero no; esto es lo que no puede hacer nunca. No consideras quanto agravaria mi culpa el menor suspiro que exalase por mi? La Justicia celeste no pondria á mi cargo qualquier lagrima que se vertiese de sus ojos? Cómo? Yo le cuesto lagrimas, y lagrimas que no son de contento? Ah! contradiceme, Waytuvell. No; lo mas que habrá sentido será algun estimulo de sangre, que la mas leve reflexion habrá calmado. El no habrá llegado à verter lagrimas. Es verdad, Waytuvell, que no ha llegado à llorar?

Wa. No, no ha llegado à llorar.

Sar. ¡Oh Dios! Tus lagrimas me dicen lo contrario.

Wa. Tomad esta carta, oh, Sara, que es de vuestro padre.

Sar. ¿De mi padre? ¿A mi?

Wa. Si, tomadla: de ella comprendereis, aun mas que yo puedo deciros.

Sar. Dámela, honrado Waytuvell; mas no, no quiero tomarla, si tu no me dices antes que es lo que contiene.

Wa. Amor, perdon: tal vez un sencillo arrepentimiento de haber querido emplear los derechos del rigor paterno contra una hija con quien combaten los privilegios de la paternal ternera.

Sar. Pues reservate tu carta, cruel.

Wa. ¿Cruel? No temais. Ella os dá la libertad de disponer de vuestro corazon y mano.

Sar. Esto justamente es lo que temo. Si su carta contubiese todo lo que en un caso igual puede decir un padre irritado, yo la leeria, reflexionando y diciendo, esto es verdad. ¿Mas podré leerla, podré oponer à su colera una sombra de justificacion, y tranquilizarme alomenos pensando que una colera violenta no puede permitir lugar à un dolor fuerte? ¿Que esta se convertirá despues en un amargo desprecio; que al desprecio sucederá la indiferencia,

que mi padre tendrá el corazon en reposo, y que yo me escusaré el doliente vituperio de haberle hecho infelice para siempre?

Wa. Es preciso engañarla paraque llegue à leerla. *ap.*

Sar. ¿Qué estás diciendo entre ti mismo?

Wa. Digo que he empleado un termino poco ventajoso para induciros à leer esa carta.

Sar. ¿Cómo?

Wa. Yo no queria asustaros, mas en su contenido tal vez es demasiado severo, y quando dixé que no incluía sino perdon y dulzura, debiera decir que deseaba no incluyese lo contrario.

Sar. Es verdad? Damela pues, quiero leerla. Quando por desgracia se merece la colera de un padre, se debe respetar por lo menos, y dexarla desfogar contra nosotros. Ya lo ves. Yo me estremezco... pero lo debo hacer, y quiero mas pronto estremecerme que llorar. ¿Qué miro? Unica y amada hija mia. ¡Ah engañador injusto! ¿Así habla un padre irritado? Vete; yo no proseguiré à leerla.

Wa. Ah, Mis! perdonad. Aquesta quizá es le primera vez que solicito engañar à alguno; quien lo executa una vez sola, y à tan buen fin, no puede llamarse engañador absolutamente. Se que un buen fin no siempre es una buena disculpa. ¿Mas que debia yo hacer? ¿Volver à un buen padre cerrado el pliego suyo? No, no es posible, y mas presto querré separarme de su vista, quanto mas lexos me puedan conducir mis fuerzas caducas para no comparecer jamás en su presencia.

Sar. ¿Cómo? ¿Tambien querrás abandonarle?

Wa. Si no leis, me veré precisado à hacerlo así: vamos, leedla, y no malogreis el buen efecto de mi primer meditado engaño. Quando un padre perdona el error, una hija puede conducirse de tal modo, que no tenga jamás moti-

yo de volversesele á la memoria; y pues el vuestro ha dado el primer paso para la reconciliacion, no os deberá costar fatiga el disponeros al segundo.

Sar. Esto es lo que yo no puedo tolerar, si mi padre ha de executar el primer paso. Quando me perdona, debe perdonarme todo mi error, y procurarse al mismo tiempo la vista de todas sus consecuencias. ¿Puedo yo desear tanto de un padre?

Wa. Yo no sé si os entiendo; pero imagino querreis decir que debería perdonaros mucho; y asi como esto debe serle muy amargo, escrupulizais en aceptar su perdon. Si pensais de esta suerte, decidme, ¿no es un gran placer para un corazon generoso la satisfaccion de perdonar? ¿Y se le envidiariis á un padre?

Sar. Querido Waytuvell, te creo, tu me persuades finalmente.

Wa. Vamos, leed pues, la carta.

Sar. ¡Ah, Waytuvell, que padre es el mio! El llama ausencia mi fuga. ¡Oh, quan culpable la hace esta dulce expresion! El se lisougea de que yo le amo todavia... se lisougea... ruega... Un padre que ruega á una delincente. Aun mas... Me agradece haberle proporcionado la ocasion de demonstrarme todo su amor paterno. ¡Ocasion infelice! ¡Ah! ¿porque no dice que ella le ha hecho conocer toda la filial inobediencia? Vendrá á buscar á sus hijos en persona. ¿Sus hijos Vaituvell? Heleido bien? Oh Dios! Dice que Mellefont merece ser su hijo, y que sin él no puede recuperar á su hija. ¡Oh pluguiese al Cielo que no la hubiese tenido jamás! Dexame sola, Waytuvell. Mi padre me pide una respuesta; y yo quiero escribirsela al instante. Ven á buscarla dentro de una hora. Tu zelo me entenece. Hay pocos Criados amigos de sus Señores.

Wa. No me hagais colorear, Mis. Si todos los Amos se pareciesen al mio, seria menester que sus Criados fuesen unos monstruos sino sacrificasen por

ellos hasta las propias vidas. *Vase.*

Sar. ¿Quien me hubiera dicho ahora há un año que yo habria de responder á semejante carta y en circunstancia igual? No obstante, tomo la pluma. Pero ¿yo sé acaso lo que voy á escribir? Todo lo que imagino, lo que siento... ¿Y que se siente quando el corazon desde un sentimiento muy activo pasa á un profundo asombro? Sin embargo, yo debo responder. ¡Ah! tal vez expreso mi dolor demasiado superficialmente. Jamás quedará bastante exagerado, aunque emplee los colores mas oscuros. ¿Pero para que me transtorno?

Salen Mellefont y Marwood.

Mel. Querida Mis, tengo el honor de presentaros en Ledi Solmes una de las personas de mi familia á quien confieso mayor obligacion.

Marv. Perdonad, Mis, si he tenido el atrevimiento de querer convencerme por mi misma de la felicidad de un primo á quien desearia ver en posesion de la mas perfecta criatura, si á primera vista no hubiese reconocido que la ha encontrado en vos sola.

Sar. Mucho me honrais, Miledi. Semejantes elogios me hubieran sonrojado en qualquier tiempo: mas ahora deberé casi juzgar ocultos vituperios, sino os creyese bastante generosa para no hacer conocer á una infelice quanto las superais en virtudes y prudencia.

Marv. Seria mi dolor inconsolable, si me atribuyeseis otros sentimientos que los de la mayor amistad. Es hermosa.

Mel. ¿Quien pudiera, Miledi, mirar con indiferencia tanta beldad, tanto espirtu? Suele decirse que con dificultad hace justicia una muger bella á otra, pero la injusticia se debe esperar solo de aquellas que viven demasiado vanagloriosas de sus prerrogativas, ó presumen no tener alguna. Las dos estais muy lexos de este caso. ¿No es verdad, Ledi, que fué mi amor imparcial, y que quanto os he dicho en alabanza de mi querida

Mis, es sumamente inferior á lo verdadero? Mas ¿porque tan pensativa?

¿Os olvidais de lo que queriais parecer?

Marv. ¿Me atreveré á decirlo? Siento que no podais gozar el propio amor en la patria. Me acuerdo de que para ser vuestra ha debido abandonar un padre (segun oi decir) sumamente afectuoso; y no puedo menos de desear verla reconciliada con él.

Sar. ¡Ah Ledi! Os quedo muy obligada por deseo semejante; y el merece que os participe mi alegría. ¿No sabeis, Mellefont, que se ha cumplido antes que Miledi tubiese la bondad de formarle?

Mel. ¿Qué decis?

Marv. ¿Qué significa todo esto?

Sar. En este punto he recibido una carta de mi padre. Waytuvell me la ha traído. ¡Ah Mellefont, y que carta!

Mel. Sacadme de mi incertidumbre: ¿qué he de temer? ¿Qué he de esperar? ¿Es todavía aquel padre inflexible de quien huimos? Y si lo es aun, Sara es la misma hija que me quiere quanto basta para huirle á mas remotos parages. ¡Ah! hubiese yo cumplido vuestros deseos, querida Mis; nosotros estaríamos unidos con un lazo que no podria romper en virtud de alguna mira obstinada. Bien conozco ahora quanto disgusto puede ocasionarme el accidente de descubrir donde estamos. Vendrá tu padre, y te arrebatará de entre mis brazos. ¡Oh quanto detesto al indigno que declaró nuestra existencia!

Sar. Querido Mellefont, vuestra inquietud es muy dulce para mi, y es una felicidad para entrambos el que ella sea muy vana. Vé aqui el pliego. Leedle, Miledi; él quedará sorprendido quando vea el amor de mi buen padre que ahora es tambien padre suyo.

Marv. Es posible?

Sar. Si, Miledi. Teneis razon de admiraros de este truco. Ya nos lo perdona todo. Entrambos nos amaremos de aquí adelante á su vista. El nos lo per-

mite, nos lo manda. Su bondad ha penetrado mi alma oprimida. Y bien, Mellefont, callais ahora? ¡Ah! esas lagrimas que derramais me dicen mas de lo que podeis expresarme con los labios.

Marv. ¿Qué perjuicio no me he hecho yo misma! ¡Imprudente!

Mel. ¡Ah Sara! ¿Porque hemos afligido á este hombre mas que humano? ¿Qué accion tan divina como el perdonar! ¿Habríamos esperado nunca un catastrophe mas feliz? ¡Oh que venturosa suerte me espera! Mis, la persuasion de no haberla merecido me será muy dolorosa.

Marv. ¿Y habré yo de escuchar un discurso semejante?

Sar. ¡Oh quanto justifican mi amor esos dulces sentimientos!

Marv. ¿Quanta violencia debo hacerme!

Sar. Miledi, leed la carta de mi padre. Mostrais tener tanta parte en nuestro destino, que su contexto no os podrá ser indiferente.

Marv. ¿A mi indiferente, Mis?

Sar. Me parece que estais pensativa y melancolica.

Marv. Pensativa sí, mas melancolica ¿porqué?

Mel. Cielos, ¿si ella me hace traicion alguna?

Sar. ¿Y porque estais pensativa?

Marv. Temó una desventura en entrambos. ¿No podria ser esta impensada bondad de vuestro padre, un engaño, una simulacion?

Sar. No, Miledi. Leed y lo confesareis. Mellefont, te ruego no concibas sospechas de mi padre. Yo me constituyo fiadora de que es incapaz de humillarse á la vileza de un engaño. No dice cosa que no sienta, y la falsedad es un vicio que no conoce.

Mel. Yo estoy convencido... Debemos perdonar á Miledi la sospecha, porque no conoce al Caballero Sampson.

Sar. ¿Qué veo? ¿Miledi? Os poneis descolorida: temblais: ¿qué teneis?

Mel. ¡En que angustia me hallo! ¿Que la ha-

haya conducido aquí!

Marv. Nada, Mis: es un pequeño desvanecimiento de cabeza. Será efecto del aire de la noche que me habrá incomodado.

Mel. Vos me asustais: ¿quereis recibir un poco de aire? En una sala cerrada no se percibe tan facilmente.

Marv. Si creis que me puede ser provechoso, acompañadme.

Sar. Yo os acompañaré, Miledi.

Marv. No os incomodeis, Mis: esta debilidad no tendrá consecuencias.

Sar. ¿Luego podré esperar volver á veros?

Marv. Si me la permitis recibiré este honor.

Sar. ¡Pobre Miledi! A la verdad la apariencia no la muestra muy urbana, mas sin embargo no parece inquieta ni altiva. Ya estoy sola otra vez: empleemos estos pocos instantes en terminar mi respuesta.

Sale Betty. Aquella Señora os ha hecho una visita muy breve.

Sar. Si, Betty; es Ledi Solmes una parienta de mi Mellefont. La sorprendió un ligero insulto. Donde estára?

Bet. Mellefont la ha acompañado hasta la puerta.

Sar. ¿Luego se ha ido?

Bet. Creo que sí... pero, quanto mas os miro, tanto mas me pareis mudada. Vuestros ojos respiran alegría. O Miledi os ha sido una visita muy agradable, ò aquel anciano fué bastante feliz coreo

Sar. Lo ultimo, Betty, lo ultimo. El venia expedido de mi padre. Quiero que leas una carta suya. Tu buen corazon ha vertido tantas lagrimas por mí, que ahora debe participar igualmente de mis contentos. Yo me veré de nuevo feliz, y en estado de recompensar tus servicios. Ven pues, oh Betty. Acaso Mellefont ya estará solo. Me precisa el hablarle. Me ocurre que seria muy propio que tambien escribiese él á mi padre quien verdaderamente esperará sus agras-

decimientos. Vamos.

vanse.

Sala: el Caballero y Waituwell.

Cab. Con tu noticia has vertido un balsamo precioso en mi corazon: yo renazco: me parece que su proximo regreso me vuelvé á mi primera juventud, como su fuga me habia hecho acercar al sepulcro. Ella me ama todavia? Todos mis deseos se han colmado. Vuelve presto á verla. Me figuro siglos los instantes, que me dilatan el placer de estrecharla entre estos brazos, que yo habia estendido con tanto fervor hácia la muerte.

Wa. ¡Oh quan de corazon me alegro de veros consolado! Creed que en vuestro dolor he tenido poca menos parte que vos mismo. Menos sin duda, porque el dolor paternal en semejantes ocasiones, puede ser inexplicable.

Cab. Amado Waituwell; has merecido mucho al gozar de una vejez mas tranquila. Yo te la proporcionaré tratandote desde oy como igual mio. Sé todavia por esta vez tan solamente el antiguo Waituwell, que jamás ha engañado mi confianza. Vé, procura traerme la respuesta de mi hija luego que la haya terminado.

Wa. Este no es un servicio, sino una recompensa que dispensais á mi zelo.

Cab. Asi es sin duda. No tardes: ¡con que tranquilidad acabaré mis ya felices dias!

ACTO CUARTO.

Apartamento de Mellefont. El paseándose.

Mel. ¡Que enigma soy de mi mismo! ¿Qué debo pensar de mí? Soy un insensato? Soy un infame? ¿O acaso soy uno y otro? Yo sacrificaría mil veces la propia vida por Sara que me ha sacrificado su inocencia, y sin embargo temo el momento que á la expectation de todo el mundo me ha de dar su posesion. Ya es inevitable, pues su padre se ha re-

conciliado con ella. Yo ya no podré diferirlo mas. La dilacion me ha acarreado bastantes dolorosos vituperios, pero aun siendome tan dolorosos, me eran mas suportables que la angustiosa idea de verme encadenado para siempre. ¡Que monstruoso corazon es el mio! ¿Y con estos sentimientos escribiré al padre de Sara? Mas no, no son sentimientos: son abominables caprichos que mi libertina vida me ha hecho familiares. Yo quiero vencerlos, ó morir. Tu me interrumpes , Norton.

Sale Nort. Perdonad. *Hace que se va.*

Mel. No, no te vayas: te agradezco que me interrumpas: ¿qué quieres?

Nort. He oido de Betty una feliz nueva, y vengo à tener parte con vos en las alegrías.

Mel. Querrás decir nuestra reconciliacion con el Caballero. Te doy las gracias.

Nort. ¿Conque el Cielo ha querido hacerlos felices?

Mel. Si ha querido, no lo ha querido por mi. Ya ves si yo sé hacerme justicia.

Nort. Mas se declara el jubilo de esta suerte.

Mel. ¿El jubilo? Ah, ya para mi se ha perdido.

Nort. ¿Puedo hablar libremente?

Mel. Habla.

Nort. El haberme echado en rostro esta mañana, que yo con callar me habia hecho complice de vuestro delito, me servirá de disculpa si de hoy en adelante hablo con mas frecuencia.

Mel. Habla, pero no te olvides...

Nort. No me olvidaré de que soy un Criado. Pero un Criado que pudiera ser algo mas si hubieseis tenido otro regimen de vida. Si, soy vuestro Criado, pero no lo soy para echarme à perder con vos.

Mel. ¿Conmigo? ¿Y porque dices eso?

Nort. Porque me sorprende el encontraros tan diverso de lo que yo os juzgaba.

Mel. ¿Y no puedo saber como me juzgabas?

Nort. Transportado de alegría.

Mel. El vulgo se dexa transportar por poco que la fortuna le lisonjee.

Nort. El vulgo tambien tiene acaso aquel sentimiento natural, que mil ilusiones debilitan, y corrompen en los Grandes. Mas en vuestro rostro se lee alguna cosa mas que moderacion. Frialidad... irresolucion... disgusto...

Mel. Y quando esto fuese, ¿has olvidado quien está aqui además de Sara? La presencia de la Marwood...

Nort. Pudiera inquietaros; pero no abatirlos. Quisiera engañarme: mas me parece que hubierais querido mas que el padre no se hubiese reconciliado tan presto. La perspectiva de un estado tan contrario à vuestro modo de pensar...

Mel. Norton, Norton, tu has sido un gran malvado, ó lo eres todavia, pues sabes adivinar tambien los interiores de los que lo son. Si; yo amaré à Sara eternamente, mas no puedo acostumbrarme à la idea que deberé adoptar. El ser forzado... Mas no temas. Sabré vencer este fanatismo. ¿Porque he de mirar el matrimonio como una situacion de violencia? Yo no deseo ser mas libre de lo que él me permitiere.

Nort. Estas reflexiones son buenas: mas la Marwood vendrá en socorro de vuestros antiguos perjuicios, y yo temo...

Mel. Lo que no sucederá jamás. Hoy la verás partir à Londres. La he inspirado un terror tan grande, que se vé forzada à obedecer mi primer precepto.

Nort. Parece increíble.

Mel. Mira este traidor puñal que yo la arranqué de las manos en el momento en que encendida de rabia queria pasarme el corazon... ¿Creerias que yo hubiese podido resistirla con firmeza? Verdaderamente à lo primero poco faltó para que no me echase al cuello sus nuevos lazos. ¡Traidora! Trae consigo à Arabella.

Nort. ¿A Arabella?

Mel. No pude todavia descubrir de que

- astucia se ha valido para obtenerla de nuevo. En fin, el exito no correspondió à sus esperanzas.
- Nort.** Permitid que me alegre de vuestro valor, y os considere medio convertido. Mas ya que no me quereis encubrir nada, ¿porque ha venido aqui con el nombre de Ledi Solmes?
- Mel.** Ella queria ver à su ribal à viva fuerza. Yo condescendi à sus instancias, fuese por inconsideracion, ò por deseo de mortificarla con la vista de la muger mas amable.
- Nort.** Yo no me hubiera arriesgado à eso.
- Mel.** Executandolo yo, no corrià mayor riesgo, que hubiese podido correr escusandome à complacerla, pues hubiera buscado ocasion de presentarse sin disimulo. Y lo peor que se pudiera recelar de su incognita visita es mejor en comparacion de lo otro. Me parece que alguien llega. Ella es: retirate. *vas.*
- Sale Marv.** Vos me veis volver aqui contra vuestra voluntad.
- Mel.** Yo me alegro que vuestra indisposicion no haya tenido malas consecuencias. ¿Como os sentis, Marwood?
- Marv.** Así, asi.
- Mel.** Luego habeis hecho mal de tomar la pena de venir aqui nuevamente.
- Marv.** Mellefont, si hablas por interes mio, te lo agradezco; y si tienes otra intencion, no me agravio.
- Mel.** Recibo sumo plazer en miraros tan tranquila.
- Marv.** Se dispó la tormenta; y te ruego nuevamente que la olvides.
- Mel.** Yo me olvidaré de todo, si vos no os olvidais de la promesa que me habeis hecho. Mas sino temiese injurias, quisiera pedirlos...
- Marv.** Pide; ya no puedes ofenderme mas. ¿Qué deseabas saber?
- Mel.** ¿Como os habia parecido mi querida Sara?
- Marv.** La pregunta es natural: mi respuesta no lo parecerá tanto: mas no obstante es sencilla. Me ha gustado muchisimo.
- Mel.** Esa imparcialidad me consuela. Verdaderamente un hombre que conocia todo el precio de una Marwood, no pudiera elegir mal.
- Marv.** Deberias excusar esta lisonja. Yo no puedo conciliarla con la resolucion de olvidarte.
- Mel.** Vos no quereis que yo facilite el modo con terminos groseros. Hagamos que nuestra separacion se distinga de las vulgares. Dividamonos; pero como personas de espiritu que saben ceder à la necesidad sin aspereza, sin odio, y conservando un cierto grado de estimacion correspondiente à nuestra amistad pasada.
- Marv.** ¿Pasada amistad? Yo no quiero que me la traigais à la memoria. Mas digamos tambien una palabra de Arabella. ¿Conque no quereis dexarmela?
- Mel.** No por cierto.
- Marv.** Es una crueldad, que habiendo de perder à un padre forzosamente, querais todavia privarla de su Madre.
- Mel.** Yo la serviré de padre mientras viva.
- Marv.** Acreditadlo ahora mismo.
- Mel.** ¿Y cómo?
- Marv.** Permitidla que posea como bienes paternos los que yo os tengo en custodia. En quanto à lo que à mi pertenece, quisiera poder dexarla algo mas que el rubor de ser mi hija.
- Mel.** Omitid ese discurso. Yo tendré cuidado de esta sin que os hayais de sugerir à estrecheces: y si quereis olvidarme, empezad por olvidar que teneis alguna cosa mia. Yo os confieso muchas obligaciones, y no se borrará jamás de mi memoria quanto habeis contribuido à mi felicidad. Bien que con distinta idea. Si, Marwood, os doy gracias seriamente de que hayais descubierto el lugar de nuestro retiro à un padre que no tardó en perdonarnos, sino lo que tardó en saberlo.
- Marv.** No me atormenteis con agradecimientos de que jamás he pretendido

hacerme digna. El Caballero es un insensato, que piensa diversamente de lo que hubiera yo hecho si me hallase en su lugar. Hubiera perdonado á la hija; pero á su seductor...

Mel. Marwood...

Marv. No me acordaba de que erais vos él mismo. Hablemos de otra cosa: ¿podré despedirme de Mis Sara?

Mel. Ella no llegará á ofenderse, aunque marcheis sin verla.

Marv. Yo no quiero representar mi papel por la mitad, ni pasar por muger que no sepa vivir ni aun baxo un nombre fingido.

Mel. Si os es preciosa vuestra tranquilidad en algun modo, escusad ver otra vez una persona que debe despertar en vos ciertas impresiones.

Marv. Teneis mejor opinion de vos mismo que de mi. Mas quando me creyeseis inconsolable de vuestra perdida, deberiais pensarle sin decirlo. Mis Sara podria despertar en mí ciertas impresiones! Si, por exemplo esta: que la muger mas sabia puede tal vez amar al mayor loco que haya en todo el mundo.

Mel. ¡Bueno, Marwood, bueno! Os hallo en la disposicion que deseaba veros muchos dias hace. A la verdad quisiera como os he dicho, que en la accion de separarnos no perdiésemos nuestra estimacion reciproca. Mas podrá restablecerse quando la colera no influya. Permitidme que os dexé un momento para ir á los pies de Sara. *Vase.*

Marv. ¿Estoy sola? ¿Puedo inobservada respirar una vez, y no disfrazar mi interior á nadie? Es preciso que yo sea en un instante la verdadera Marwood. Bien que apresuradamente, para poder sostener de nuevo la violencia de la simulacion. Vil simulacion, yo te aborrezco, no porque ame la sinceridad, sino porque eres el asilo mas miserable de un imposibilitado deseo de venganza. Yo no me humillaria á ti, si un ti-

rano quisiera prestarme su poder, y el Cielo sus rayos devoradores. No obstante siempre que tu me quieres á mi despeño... El principio lo promete, y Mellefont se fia mas cada instante. Si mi astucia logra efecto... Si logro hallarme sola con Sara, yo, si... mas todavia es incierto... La verdad de Mellefont tal vez no le será nueva. Las calumnias tal vez no las creerá, y acaso despreciará tambien las amenazas. Nada menos debe sentir de mí. Verdad, amenazas y calumnias. Seria bastante mi desgracia, si todo junto no debiese dexar en su corazon alguna espina aunque leve. Pero llegan.

Sara y Mellefont.

Sara. Me alegro, Miledi, que haya sido vana mi inquietud.

Marv. Os lo agradezco, Mis. El accidente fué tan ligero, que no debia inquietaros.

Mel. Ledi Solmes quiere despedirse de vos, querida Sara.

Sara. ¿Tan apriesa?

Marv. No puedo detenerme.

Sara. Pero ya no partireis hoy.

Marv. Mañana temprano.

Mel. ¿Mañana? Pues yo creía que hoy mismo.

Sara. Nos hemos conocido de prisa. Mas yo espero que en adelante me concedais una conversacion mas dilatada.

Marv. Os ruego yo, Mis, que me honreis con vuestra amistad.

Mel. Mas de veras, Ledi, ¿hasta mañana no partiréis?

Marv. Acaso mas presto. Viene alguno.

Mel. No nos detengamos aqui mas. Será mejor que terminemos nuestra respuesta. ¿No es verdad, querida Sara? Al Señor Guillelmo no puede disgustarle la prontitud. ¿Qué quieres, Betty?

Sale Bet. Una persona desea hablaros sin detencion.

Marv. Ah, ahora he de lograr el golpe.

Mel. A mí? Sin detencion? Vendré al

- instante. ¿Quereis, Miledi, acortar vuestra visita?
- Sara.* ¿Porque, Mellefont? Antes tendrá la bondad de esperar vuestro regreso.
- Marv.* Perdonad, Mis. Conozco bien á mi primo, y será bien que me ausente.
- Betty.* El forastero, Señor, os quiere decir sola una palabra, y dice que no puede perder un momento.
- Mel.* Vete: seré al instante con él. Espero, Mis, que será la ultima resolucion de aquel convenio de que os he hablado.
- Marv.* ¡Buen pensamiento!
- Mel.* Pero, Miledi...
- Marv.* Si lo mandais... Mis... yo debo...
- Sara.* Vaya; no Mellefont: no me negareis el placer de disfrutar la compañía de Ledi Solemes entre tanto.
- Mel.* Obedezco, Miledi; pero aseguroos de que no tardaré un instante.
- Sara.* Mi amado Mellefont suele hacer los favores con poco agrado.
- Marv.* Yo estoy tan acostumbrada á sus modos, que no me hacen impresion alguna.
- Sara.* ¿No os quereis sentar?
- Marv.* Quando lo mandais, como podré excusarme. Es preciso aprovechar este momento.
- Sara.* ¿No os parece, Miledi, que debo ser la mas feliz de todo el mundo siendo mi esposo Mellefont?
- Marv.* Si Mellefont es capaz de comprender su buena suerte, él será en poseeros un hombre digno de envidia: mas...
- Sara.* Un mas y un silencio dan tanto motivo de pensar...
- Marv.* Yo soy sincera, Mis.
- Sara.* Y por eso mas apreciable.
- Marv.* Mi demasiada sinceridad me suele hacer imprudente. Este mas poco reflexionado es prueba de ello.
- Sar.* No puedo creer que con esa reserva importuna querais acrecentar mi inquietud. Es una piedad bien cruel el dexar sospechar una desgracia que se pudiera descubrir.
- Marv.* ¡Oh! vamos; aquel mas os dá en que pensar bastante. Mellefont es mi pariente.
- Sar.* Esto es lo que constituye mas grave el menor escrupulo que tengais sobre su conducta.
- Marv.* Y aun quando fuese mi hermano me declararia contra él à favor de una persona de mi sexo à quien tratase indignamente. Las mugeres debemos hacer causa comun toda ofensa hecha à qualquiera de nosotras.
- Sar.* Esta reflexion...
- Marv.* Me ha servido de regla muchas veces.
- Sar.* Y me anuncia... Yo tiemblo.
- Marv.* No, Mis; si habeis de temblar, hablemos de otra cosa.
- Sar.* Sois bastante cruel.
- Marv.* Siento que no me conozcais. Si yo me hallase en vuestra situacion miraria como un beneficio qualquiera advertencia que me comunicasen en proposito de un hombre con quien hubiése de unirme para siempre.
- Sar.* Pero, Miledi, ¿luego yo no conozco à mi Mellefont? Creed que leo su alma como la mia, y sé que me quiere.
- Marv.* Y à otras tambien.
- Sar.* Bien sé que ha querido à otras: pero ¿no podia quererlas antes de conocerme à mí? Puedo yo pretender ser la unica que haya sabido agradarle? ¿Podré olvidar los esfuerzos que puso en execucion para lograr mi cariño? ¿No es arto amable para que otras mugeres los hayan hecho à fin de conseguir el suyo, y no es natural que à alguna se le lograsen?
- Marv.* Vos le defendeis con el mismo empeño, y las mismas armas casi con que yo le he defendido muchas veces. No es delito el amar y ser amado, pero lo es la volubilidad è inconstancia.
- Sar.* No siempre; porque tal vez es perdonable, quando el objeto del amor no es digno de él.
- Marv.* La moral de Mis Sara no parece la mas severa.

Sar. No es sévera para los que no se escusan à confesar sus propios errores. Aquí no se trata de determinar los límites que nos prescribe la virtud quando amamos, sino de disculpar la debilidad humana de quien los rompe, y de examinar los efectos sobre la regulacion de la prudencia. Quando, por exemplo, Mellefont ama à una Marwood, y finalmente la dexa, esta infidelidad en cotexo del amor, es una accion muy laudable; y seria un despropósito que se viese obligado à amar eternamente à una muger viciosa porque la ha amado una vez.

Marv. Pero ¿conoceis à esa Marwood que tan atrevidamente llamais una muger viciosa?

Sar. La conozco por el retrato que Mellefont me ha hecho.

Marv. ¿Y no habeis imaginado jamás que Mellefont puede ser un testigo sospechoso en causa propia?

Sar. Ahora echo de ver que habeis querido probarme. Mellefont se reirá quando le conteis con quanta seriedad le he defendido.

Marv. Perdonad. Mellefont no debe saber una palabra de lo que aqui tratamos. Vos pensais con demasiada nobleza, para que en premio de un aviso que mi buen corazon me sugiere, querais indisponerle contra una prima suya que habla solo porque vé su proceder infame en perjuicio de una de las mas amables personas de nuestro sexo, como si ella misma le hubiese de tolerar.

Sar. Yo no quiero indisponer à ninguno, y desearé que otros no lo soliciten.

Marv. ¿Quereis saber la historia de la Marwood en pocas palabras?

Sar. ¿Qué sé yo? Mas sí; pero con pacto de que la trocareis quando Mellefont vuelva. Pudiera pensar que yo habia procurado informarme, y no quiero que me atribuya una curiosidad en su perjuicio.

Marv. Yo os hubiera pedido que guar-

daseis esa precaucion, sino os hubieseis adelantado. Marwood procede de buena sangre, era viuda y joven quando conoció à Mellefont, en casa de una su amiga: dicese que no la faltaban ni hermosura, ni aquellas gracias que animan la hermosura: su reputacion no admitia mancha: careció de un solo articulo, la riqueza: pero por haber sacrificado sus propios considerables intereses para librar à un amante à quien no juzgó deber negar cosa alguna.

Sar. Es un diseño bien noble: lastima es que no brille en un quadro mas hermoso.

Marv. A pesar de una suerte tan escasa, era pretendida de personas que no deseaban sino es hacerla felice. Entre estas se presentó Mellefont. Sus proposiciones eran serias, y el estado cómodo que la prometia fué uno de los mas leves motivos sobre que se apoyaba, porque sabia muy bien que estaba tratando con una muger desinteresada que hubiera preferido una choza à un palacio, si en aquella hubiera de vivir con un sugeto querido, y en este con una indiferente por lo menos.

Sar. Vé aqui otra bella propiedad que envidio à la Marwood. No la exagereis mas, Miledi, que tal vez me pondreis en la necesidad de llorarla.

Marv. Mellefont estaba para casarse con ella, quando recibió la noticia de la muerte de un tio suyo, que le nombraba heredero de todos sus haberes, con la condicion de dar la mano à una parienta suya lexana. Si Marwood habia despreciado por él otros partidos mas ventajosos, él no quiso cederla en grandeza de animo, y se determinó à encubrirle esta herencia hasta que se la hubiese hecho perder. ¿No es este un modo de pensar muy noble?

Sar. A quien mejor que yo conoce la nobleza de su corazon.

Marv. Mas ¿qué hizo Marwood? Supo una noche muy tarde la resolucion que habia tomado, y quando él fué por la

mañana secretamente à verla, Marwood habia desaparecido. No encontró sino un papel en que le decia que no esperase verla jamás : que le confesaba amarle ; mas que por esto mismo no podia resolverse à ser causa de una accion de que pronto habria de arrepentirse. Que le soltaba la obligacion de sus promesas ; y le aconsejaba que se pusiese con el matrimonio prescrito en posesion de una herencia en que un hombre de honor se puede emplear mas bien que en hacer à un amante un incauto sacrificio.

Sar. Mas ¿porque dais à la Marwood tan maravillosos sentimientos? Ledi Solmes puede concebirlos, pero él nunca.

Marv. No extraño que esteis apercibida contra ella. La resolucion de Marwood hizo casi enloquecer à Mellefont, que expidió emisarios por todas partes, y la encontró finalmente.

Sar. Porque ella queria la encontráran.

Marv. Las observaciones maliciosas no corresponden à un caracter dulce como el vuestro. El la encontró en fin, mas la encontró inexorable : ella reusó aceptar su mano, y no quiso prometerle sino volver à Londres. Se acordaron en diferir el matrimonio hasta que la prima, cansada de un retardo tan prolixo, se viesse en precision de hacer un convenio. Marwood en tanto no pudo defenderse de las diarias visitas de Mellefont, que por largo tiempo no fueron mas que atenciones de un amante reprimido en los limites de la amistad. ¡Mas oh! ¡Como es dificil el contener siempre à un hombre que posee todas las qualidades capaces de hacerle peligroso! Nadie mejor que Mis Sara pudiera acreditarlo.

Sar. ¡Oh Dios!

Marv. ¿Vos suspirais? Tambien Marwood ha suspirado mas de una vez por su debilidad, y aun suspira todavia.

Sar. Basta, Miledi : ese decir es un poco mas picante que mis observaciones maliciosas.

Marv. Yo no tuve intencion alguna de ofenderos, sino de presentaros à la infelice Marwood baxo un punto de vista que os hiciese juzgar con mas acuerdo. En una palabra, le dió à Mellefont los derechos de esposo. El creyó poco preciso el legitimarlos, y Marwood seria venturosa si su rubor fuese notorio solamente à ella, à su amante y al Cielo : y si una desventurada hija no descubriese al mundo todo lo que ella quisiera esconderse aun à sí misma.

Sar. ¿Qué decis? ¿Una hija?

Marv. Si, Mis ; una hija infelice pierde por Sara Sampson la esperanza de poder nombrar sin horrorizarse à sus mismos progenitores.

Sar. ¡Horrible nueva! Y Mellefont no me ha dicho... ¿Puedo creerlo, Miledi?

Marv. Sin duda : y aun os habrá ocul-tado alguna cosa mas.

Sar. ¿Qué cosa?

Marv. Que quiere à Marwood todavia.

Sar. ¡Ah! Miledi, vos me matais.

Marv. ¿Os parece creible que un amor por lo menos de diez años se pueda terminar en un instante? Os pudierais nombrar muchas bellezas que una despues de otra han pretendido recobrar de la Marwood un hombre de quien fueron engañadas cruelmente. El tiene un punto fixo, y es infructuoso conducirle à traspasarle. Luego que lo conoce, huye. Mas supuesto que vos sola fuerais tan feliz que pudierais reducirlo baxo un yugo aborrecido, ¿os creereis por eso segura de su corazon?

Sar. ¡Desventurada! ¿Qué mas tengo que saber?

Marv. No lo creais ; entonces justamente volaria mas presto à aquella que no habia sido tan zelosa de su libertad. Vos llevariais el nombre de su esposa.

Sar. Cesad de atormentarme con imagenes tan crueles. Aconsejadme os pido lo que debo executar ; vos debeis conocerle, y sabreis cuales son los medios mas aptos de hacerle dulce un nu-

do, sin el qual el mas sincero amor es siempre una pasion culpable.

Marv. Yo sé que se puede aprisionar un pajarito ; pero ignoro como se pueda hacer que encuentre una jaula mas agradable que la libertad. Os aconsejaria mas pronto à no admitirlo , y à escusaros el dolor de una fatiga infructuosa. Contentaos con haberle conducido hasta la orilla de vuestra red , y estád segura de que la hará pedazos en viéndose oprimido dentro de ella.

Sar. No sé si he comprehendido bastante esta satirica metafora.

Marv. La habreis comprehendido si os hace resentir. En suma, vuestro interes es el mismo que el de otra. La equidad y la prudencia deben haceros renunciar todos vuestras pretensiones sobre un amante que ha tomado los primeros y mas fuertes empeños con Marwood. Vos podeis dexarle todavia , sino con mucho honor , alomenos sin un oprobio publico. Una breve ausencia con un hombre es un levé barron sin embargo : pero el tiempo le cancela ; y una muger rica sin dificultad encuentra un marido. Si Marwood se hallase en las mismas circunstancias , estoy segura que obraria mucho mejor à beneficio de Mis Sara , que esta misma à favor suyo , proponiendo vergonzosas dificultades.

Sar. Ah , no puedo sufrir mas. ¿Es este el language de una parienta de Mellefont? ¡Oh Mellefont, como eres indignamente vendido! Ahora veo las razones porque no queria dexarme sola con Vos. El debe saber lo que puede temerse vuestra lengua , lengua ponzoñosa. Yo hablo con libertad , pues ha tanto que hablais vos con indecencia. ¿Con que medios ha podido Marwood grangearse una amistad que tan interesadamente defiende su causa , que hace tantos esfuerzos de imaginacion para fabricarme una novela hermosa en que ella es la heroína , y que emplea todo genero

de astucia para hacerme sospechosa la probidad de un hombre honesto que no es algun monstruo indigno? ¿Me habeis hablado quizá de la hija que ella pretende tener , y de las mugeres engañadas por Mellefont , solo para insinuarme en el modo mas sensible , que haré bien en ceder el paso à una meretriz endurecida en la culpa?

Marv. Moderaos , niña : ¿una meretriz endurecida en la culpa? Vos os valeis de expresiones que no sabeis quanta fuerza tienen.

Sar. ¿No parece tal en el retrato mismo que la hace Miledi Solmes? Y bien, Señora. Vos sois su amiga , y tal vez su confidente (no juzgo vituperaros en decir esto) ¿pero en honra de vuestra amistad , debo yo quedar envilecida en tanto extremo? Si yo hubiese tenido la experiencia de Marwood , no habria ciertamente tropezado en un delito que me pone en comparacion con ella , y si le hubiera hecho , no permaneceria en él diez años. ¡Ah! si supierais quantos remordimientos, quantas angustias me ha costado mi error. Yo me horrorizo. Miledi , toda la estructura de vuestro rostro se ha cambiado en un instante. Vos estais inflamada , y vuestros ojos no anuncian sino furoros. ¡Ah Miledi! Si os he ofendido , os ruego me perdoneis ; es mi culpa ser tan sensible ; vos no queriais causarme tanto dolor. Olvidad mi transporte impetuoso. ¿De que manera podré yo calmaros? ¿Cómo sabré mereceros una amistad semejante à la que profesais à Marwood? Yo os lo pido postrada : y sino puedo obtener una amistad tan preciosa , haced à lo menos la justicia de no compararme con ella.

Marv. Este acto de Sara Sampson anima à Marwood demasiado para que no triunfe sino incognita. Reconoced, Sara , en mi aquella Marwood de quien implorais postrada no confundiros con ella.

Sar. Vos, Marwood? Si... ahora os reconozco; reconozco en vos aquella libertina cruel, que me representó un sueño con el puñal levantado sobre mí. Si; tu eres; tu eres. ¡Desventurada Sara! Huyamos. Librame, Mellefont. Libra la vida de tu amada. Y tu, dulce voz del padre mio, resuena... Mas ¿dónde la iré à buscar? Socorro, Mellefont, socorro. Betty, miradla, que con una mano homicida descarga sobre mí sus furiosos. Socorro. *Vase.*

Marv. ¿De quien huye aquella visionaria? Ojala dixese la verdad: ojala hubiese descargado sobre su corazon toda mi furia: ¡qué loca he sido! Este era el momento à quien debia reservar los puñales. ¡Que satisfaccion no habria probado al destrozár à mis pies una ribal reducida à aquella humillacion voluntaria! ¿Ahora qué haré? Mellefont puede venir dentro de un instante. ¿Debo huir? ¿Debo esperar? Si; quiero esperarle, pero no ociosa. Tal vez la astucia de mi criado le entretiene quanto basta. Ella me teme: pues ¿porque no la sigo? ¿Porque no intento el ultimo recurso? ¿Qué me queda que emplear contra ella? Las amenazas son armas infelices, mas la desesperacion no omite alguna. Una niña asustada que tiene los sentidos en desorden, y huye solo al oír nombrarme, con facilidad puede concebir las palabras terribles por terribles obras. Mellefont la infundirá ardimiento, y la enseñará à reirse de mis amenazas. El... mas tal vez no... Pocas empresas se verian efectuadas si se hubiese pensado siempre en su exito. ¿Y yo no estoy dispuesta para qualquier fatal accidente? ¿No traigo conmigo el yerro para los otros y el veneno para mí? ¿Para mí el veneno? Mucho tiempo ha que le traigo, y conservado vecino al corazon, está pronto à exercer su horrible oficio. Si la casualidad no permite que él me devoré à mí sola las entrañas, pudiera

difundirle en las venas de un desleal. ¿Pero à qué me paro en deseos? Vamos: es menester no dar termino, ni à ella, ni à mí de recobrar nuestros espiritus. Quien se quiere aventurar à un peligro à sangre fria, no se quiere aventurar en él de ningun modo.

ACTO QUINTO.

Sara sentada y apoyada sobre Betty.

Bet. ¿No os parece, Mis, estar mejor?

Sar. ¿Mejor, Betty? ¡Oh viniese Mellefont! ¿Has enviado à buscarle?

Bet. Norton, y el Mesonero han ido.

Sar. Norton es un buen hombre, pero demasiado impetuoso. Yo no quiero absolutamente que por mi causa diga impertinencias à su Amo. Mellefont, como decia él mismo, está inocente. La querida le sigue. ¿Qué culpa tiene él? Ella se enfurece: quiere matarle: considera tu, Betty: à este peligro le he expuesto. En suma la perversa Marwood queria verme. Sin lograrlo, no era posible hacerla volver à Londres. ¿Podia él negarla tan ligera satisfaccion? Tambien yo varias veces he deseado verla. Si yo no hubiese insistido en que se quedase hasta su regreso, Mellefont queria llevarsela, yo la hubiera visto baxo un falso nombre, y tal vez este pequeño engaño me seria agradable en algun tiempo. Finalmente la culpa es mia. Pero ya yo no estoy sino es un poco asustada. El ligero desmayo que he tenido, no decides ya sabes que acostumbro padecerle.

Bet. Pero nunca os he visto tan postrada.

Marwood misma me pareció conmoverse del peligro en que estabais, y por mas que la rogué se ausentase, no quiso salir del quarto hasta veros abrir los ojos y tomar la medicina.

Sar. Yo debo reputarme afortunada de haber caído en un desmayo; porque ¿quien sabe lo que debia escuchar todavía de su boca? A algun fin me ha

bia seguido hasta mi quarto. No puedo ponderarte quan fuera de mi estaba. Mellefont no viene. ¡Ah!

Bet. ¿Qué teneis, Señora? ¿Qué convulsiones?...

Sar. ¡Oh Dios! ¿Qué dolor es este?

Bet. ¿Qué sentis de nuevo?

Sar. Nada, Betty. Un latido... Mas no uno... mil ardientes latidos... Sosiegate, ya se han pasado.

Sale Nort. Mellefont estará aqui al momento.

Sar. ¿Donde le encontraste?

Nort. Un hombre desconocido le conduxo fuera de las puertas con el pretexto de que un Señor le esperaba para tratar con él negocios importantes. Despues de dar muchas vueltas el engañador se ha desaparecido. Si él se dexa encontrar está avisado, porque Mellefont viene hecho una furia.

Sar. ¿Le has dicho lo que ha sucedido aqui?

Nort. Todo: ya sabe el pesar que os ha ocasionado de nuevo su poca cautela.

Sar. No; yo misma me le he procurado.

Nort. ¿Y porque Mellefont no ha de tener culpa jamás? Entrad, entrad, Señor, que el amor os ha justificado.

Sale Mel. ¡Ah Mis! Sin este amor...

Sar. De los dos yo seria la mas infelice. Yo estoy gustosissima de que en vuestra ausencia no os haya sucedido peor que á mi.

Mel. Yo no merezco que me recibais con bondad tanta.

Sar. Culpad á mi debilidad sino puedo recibiros con mas ternura.

Mel. ¡Ah Marwood! ¿Te quedaba todavia esta traicion que hacer? Aquel infame que con aire misterioso me ha conducido de una calle en otra, era un enviado suyo. Este artificio inventado para alexarme de aqui, era bastante rustico para poderle adivinar. Pero ella no habrá sido tan perfida impunemente. Corre, Norton, á su alojamiento: arrestala, y no la pierdas de vista mien-

tras yo no haya llegado.

Sar. ¿Y de que sirve todo eso? Yo os pido clemencia para Marwood.

Mel. Obedece. *Vase Norton.*

Sar. Conceded un libre retiro á un enemigo debil despues de haberse arriesgado al ultimo ataque. Sino fuese por Marwood, ignoraria muchas cosas.

Mel. ¿Muchas cosas? ¿Quales? Me lisongeo de que no creereis alguna que me sea poco ventajosa, y que no debe tener otro fundamento que los zelos de una muger irritada, y dispuesta á desfogarse con las calumnias.

Sar. Otra vez hablaremos de eso. ¿Mas porque no empezais á informarme del riesgo que han corrido vuestros preciosos dias?

Mel. No fué muy grande. Marwood se habia dexado llevar de un furor ciego; y yo estaba tranquilo, por lo que no podia tener efecto su tentativa. Basta que otra que executó sobre el corazon de Mis Sara para hacerla perder el buen concepto que de su Mellefont tenia, no la haya salido mas favorable. Yo quasi la temo. Vamos, no me oculteis lo que os ha dicho, y queriais saber de mi.

Sar. Y bien; si yo hubiese tenido la menor duda de vuestro amor, la furiosa Marwood me la hubiera asegurado: ella debe saber que yo soy quien la usurpa el mas precioso entre todos los bienes, porque si se hallase incierta de su perdida, obraria con mas reflexion.

Mel. En ese caso, yo deberé estar agradecido á sus sanguinarios zelos, á sus transportes audaces, á sus perfidos ardidés... Pero vos quereis deslumbrarme y hacerme un misterio.

Sar. No; quiero descubriroslo todo. No hay duda que Mellefont me ama, pero he descubierto haber faltado á su amor una cierta confianza que me seria preciosa no menos que la ternura. En fin, Mellefont querido, Marwood hablaba de cierta prenda, y aquel hablador de
Nor-

Norton... (mas no se lo atribuyais à culpa) me ha dicho un nombre que debe excitar en vuestro corazon una ternura diversa de lo que yo podré influir.

Mel. ¡Oh, Cielos! ¡Es posible que la imprudente haya confesado su mismo rubor! ¡Ah, Sara! Tened piedad de la confusion que sufro. Pues todo lo sabeis, ¿que tengo que deciros? Aquella desventurada cuya madre es su unico vituperio, no comparecerá jamás á vuestra vista.

Sara. ¿Pero vos la amais?

Mel. ¡Ah! demasiado verdad es.

Sara. ¡Oh! quanto acrecienta esa ternura la pasion que os confieso! La amenaza que me haceis de no permitirme que la vea, me disgusta, y antes os suplico que entre las promesas que me debeis jurar à presencia del Cielo, incluíais la de no separar de nosotros à Arabella. Dexadme hacer las veces de Marwood, y no me priveis el gusto de grangearme un amigo que os debe la vida. ¡Oh dichosos dias aquellos en quienes mi padre, vos y Arabella ocupareis à porfia mi respeto filial, mi ternura diligente y mi amistad oficiosa! ¡Felices dias! Pero ellos aun se hallan en una futura incertidumbre, y tal vez no existen sino puramente en mi deseo. Un interno dolor, Mellefont, un dolor jamás conocido me ofusca los ojos... las tinieblas... de las sombras llenas de horror... ¿qué será de mí?

Mel. ¡Qué imprevisto pasage de la admiracion al espanto! Betty, anda, busca socorro. ¿Qué teneis, generosa Mis? ¡Oh Dios! Vuestros movimientos denotan un dolor excesivo. ¿Porque no se me permite padecerle yo por vos? Pero vamos, apresurate, Betty.

Betty. ¿A donde he de apresurarme?

Sara. No; detente; me siento un poco mejor.

Mel. Pero, Betty, ¿qué ha sucedido? Estas no son consecuencias de un simple

desmayo. ¿Norton, ya vuelves? Aquí serias mas preciso.

Sale Nort. Ya ha partido Marwood.

Mel. Mil maldiciones la sigan. ¿Ha partido? ¿Por donde? Plegue al Cielo encuentre en el camino la infelicidad, la muerte y el infierno todo si es posible.

Nort. Apenas volvió à su posada, salió de ella y se embarcó con su hija, dexando para vos este villete cerrado.

Mel. ¿Para mí? ¿Debo leerle, Sara?

Sara. Si, Mellefont; pero quando esteis mas tranquilo.

Mel. ¡Mas tranquilo! ¿Puedo yo estarlo hasta vengarme de la Marwood, y veros, amada Mis, fuera de peligro?

Sara. No me hableis de venganza. ¿Vos le abris sin embargo?

Mel. No sé que fuerza me obliga à desobedeceros. Le abro contra mi voluntad: contra mi voluntad me siento constreñido à leerle.

Sara. Betty, dame algun espiritu. Yo temo otro accidente, y podré necesitarle. ¡Mira que impresion hace en él el funesto villete! Mellefont, vuestro color se muda. ¿Mellefont? ¡Oh Dios! El se queda sin movimiento. Betty, llevale ese espiritu. El le necesita mas que yo.

Mel. ¡Desdichada! No te acerques: ese cordial es veneno.

Bet. Yo soy Betti: tomadlo.

Mel. Apartate, y evita ser sacrificio de mi justo furor en lugar de una victima mas culpable.

Sara. ¡Qué palabras son esas! Mellefont, Mellefont querido.

Mel. El nombre de querido Mellefont se exala por la ultima vez de aquella boca divina. Yo no lo oiré mas. Suffrid, que à vuestros pies... ¿Mas que pretendiendo declarar postrado à ellos? Si, Mis, os declararé que en breve seré para vos un obgeto de odio. No seré yo aquel que os descubra... No lo sabreis... ¿Pero en que me detengo? Corre Norton; busca Medicos. Anda, Betty, corre à buscar socorro. Y él sea tan apresurado

do como tu error. Mas no ; quedate aqui : voy á buscarle yo mismo.

Sara. ¿Donde vais? ¿Qué socorro quisierais , Mellefont?

Mel. Un socorro divino y una venganza inhumana. Tú eres perdida , mi bien , y yo tambien lo soy contigo. *Vase.*

Sara. ¿Se fué? ¿Yo soy perdida? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Y en que le has enojado , pobre Betty? No te afixas. Tú no le has ofendido ciertamente. ¡Oh , hubiese apreciado mi consejo , y no hubiese leído el papel! Bien debiera sospechar que contendria el ultimo veneno de la Marwood.

Sale Nort. El viejo , criado de vuestro padre , Mis...

Sara. Hazle entrar. *Sale Waiuvell.*
Tú vendrás por la respuesta , Vaituvell. Ya está acabada menos algunos renglones. Mas tu te me presentas asombrado. ¿Te habrán dicho que yo estoy mala?

Wa. ¿Y alguna cosa mas?

Sar. ¿Lo estoy peligrosamente? Yo lo arguyo , mas de la angustia de Mellefont , que de lo que siento en mi misma. Si hubieses de volver al infelice padre mio con la respuesta de la miserable Sara , no concluida aun... Aguardemos mejor ocasion. ¿Quieres esperar hasta mañana? Ahora no estoy en terminos de despacharte. Mi mano desfallece. Si todo el cuerpo evapora sus espiritus con tanta facilidad , si esta es la muerte vecina , no es tan amarga como creemos. Pero , Betty , ¿porque no cesas tambien de atormentarme?

Bet. ¡Ah Mis! Permitid que me alexe de vuestros ojos.

Sara. Te lo permito : sé que no es para todos el estar al rededor de un moribundo. Vaituvell se quedará ; y tu Norton , hazme el gusto de ir á buscar á tu Amo. Procurad encontrarle. El deseo de verle me acongoja.

Bet. ¡Ah , Norton! Yo he tomado el remedio de la Marwood.

Se van entrambos.

Sara. Vaituvell , si quieres darme una prueba del amor tuyo y quedarte conmigo , no demuestres un aspecto tan melancolico. Tú estás suspenso : vamos , habla , hablame de mi padre , repíteme las dulces palabras que poco hace me decias : dime otra vez que está pacificado , que me perdona , repítemelo y añade , que el Cielo no puede ser menos piadoso. Ahora ya podré morir. Si me hubiese hallado en este punto antes de tu llegada , ¿qual hubiera sido mi suerte? Dejar el mundo llevando consigo el ódio de un padre... ¡Cruel idea! Dile que yo acabo con los sentimientos mas vivos de arrepentimiento , de gratitud y amor ; dile... ¡Ah pudiera yo misma decirle quan presentes están en mi corazon sus beneficios!

Vva. ¿Deseais verdaderamente , Mis , el verle?

Sara. ¿Tu dudas mis fervorosos deseos?

Vva. Yo temo que su vista improvisa , no haga una impresion demasiado fuerte en vuestro espiritu.

Sara. ¿Qué dices? La vista improvisa , ¿de quien?

Sale Cab. Tu me haces esperar tanto , Vaituvell. Es preciso que yo la vea finalmente.

Sara. ¡Qué voz!..

Cab. ¡Ah , hija mia!..

Sara. ¡Oh , amado padre! Ayúdame à levantar , Vaituvell , para que pueda arrojarme à sus plantas. ¿Sois vos ? Dadme la bendicion qualquiera que seais , mensagero del Cielo , baxo la apariencia de mi padre , ó mi padre mismo.

Cab. El Cielo te bendiga , hija de alma. Quando tengas mas valor , te permitiré abrazar mis pies tremulos.

Sara. O ahora , ó jamás , padre mio. Dentro de poco habitaré la silenciosa mansion de los difuntos. Feliz yo , si logro un instante todavia , para descubrir los sentimientos de mi corazon. Mi culpa... vuestra piedad...

Cab. No te hagas delito á ti misma de una

una debilidad, ni merito á mi de un deber. Quando hablas de mi perdon, me acuerdas que le he diferido demasiado ¿Porque te puse en necesidad de huirme, y porque despues de haberte perdonado, quise esperar tu respuesta? Tal vez intentaba persuadirme de la continuacion de tu afecto, antes de manifestarte el mio. Yo pensé en mi jubilo mas que en el tuyo. ¡Cielos!. Si este jubilo debiera serme usurpado... Mas no; tu vivirás, hija mia; separa qualquier melancolico presentimiento. Mellefont ha abultado las qualidades del peligro. Ha puesto la casa en desorden, y corré á buscar Medicos, que no encontrará en este lugar miserable. Yo he visto su dolor inobservado. Ahora sé que te ama sinceramente. ¿Mas qué veo? Tus fuerzas se debilitan de un momento á otro. ¿Qué he de hacer, eterno Cielo? ¿Mis bienes, mi vida podrán salvarte? ¡Ah Waituvel! Corre..

Sar. ¡Ah, padre mio! Qualquier socorro será inutil.

Sale Mel. Yo me arriesgo á poner el pie en este quarto. ¿Vive todavia?

Sar. Llega, Mellefont.

Mel. ¿Veré yo aun á mi querida Sara? No; yo vuelvo sin socorro, sin esperanza alguna, y guiado solamente de la desesperacion. ¿Mas qué miro? ¿Sois vos, Caballero? Padre infelice, vos llegais muy tardé para salvar á vuestra hija, mas no para quedar vengado.

Cab. No os acordeis de nuestra enemistad en este punto. Cesarémos de ser enemigos y no lo seremos jamás. Pensad solamente en conservarme una hija al conservaros una esposa.

Mel. No lo puede hacer sino el Cielo. ¡Oh, Mis! Vos morireis dentro de poco, mas no sabreis por qual mano.

Sar. No lo quiero saber: basta para mí que lo sospeche.

Mel. No; es fuerza que lo sepais, porque vuestra sospecha no caiga sobre algun inculpable. Vé aqui lo que escri-

be Marwood. Quando leas este papel, Mellefont, tu infidelidad estará castigada en quien fué el motivo de ella; yo me dí á conocer á Sara, y el pavor la rindió á un desmayo. Betty empleaba todos sus esfuerzos para hacerla volver en sí. Eché de ver que buscaba un cordial, y tube la feliz destreza de sustituirla un veneno. Fingí enternecerme, y oficiosa preparé con mis manos la bebida. Se la he visto tomar, y partí triunfante. La venganza y el furor me han hecho cometé un homicidio, mas yo no quiero ser una homicida ordinaria que se sonroja de su culpa. Me avecino á Dovre: vos podeis hacer que me sigan, y servios de este papel contra mí propia. Si salgo del puerto sin que alguno me haya seguido, os dexaré á Arabella sin hacerla daño, pero hasta alli la considero como rehenes de mi seguridad. Marwood. Mis, ya lo sabeis todo. Vos, Señor, custodiad este villete, que debe ser instrumento del castigo de la infame.

Sar. Damele, Mellefont, quiero verle.

Mel. ¿Qué haceis?

Sar. Marwood no podrá huir á su destino; mas vosotros no debeis ser acusadores. Yo muero, y perdono la mano de que el Cielo se ha servido. ¡Ah, padre! ¡Qué triste dolor os ocupa! Yo os amo todavia, Mellefont; y si es delito el amaros, yo muero culpada; mas, amado padre mio, ¿podré esperar muriendo que no reusaréis adoptar un hijo en lugar de una hija que vais á perder? ¿Mas qué digo? Tambien teneis una hija sino os desdenais de reconocer á Arabella en igual grado. Daos prisa, Mellefont, buscadla, y quede libre su madre. El amor de mi padre es un tesoro de que puedo disponer. Yo se lo dexo á Arabella en mi muerte. Habladla alguna vez de una amiga, cuyo exemplo la podrá instruir, para ponerse á seguro contra los fracasos del amor. Padre mio, dadme vuestra ultima bendi-

cion. Waituvell , consuela á tu Amo.

Cab. ¡Ah , que puede la bendicion de un padre sobre un espiritu que descende á inundar las bendiciones del Cielo! Invocale , hija mia , con ese labio moribundo , pidiendole que este sea el ultimo de mis instantes.

Sar. No ; la virtud experimentada debe servir de exemplo al mundo. ¡Ah! este es mi postrer suspiro. Todavía pienso en Betty. Nadie la vitupere una justificada inadvertencia. El momento ha llegado. Mellefont... Padre mio...

Mel. Ella muere. Justo Cielo , besaré todavía una vez aquella elada mano. Qué , yo que soy su asesino mas que la indigna Marwood , ¿me atreveré á tocarla? Ella es muerta. Señor , ya no nos oye. Maldecidme ahora. Prorrumpid en las mas horribles imprecaciones contra mí ¿Vos callais? Ella es muerta , y yo dexé de ser aquel Mellefont que amaba : ya no soy el objeto del amor de una tierna hija , que respetabais en ella justamente. Yo no quiero que estendais sobre mí una mirada de piedad. Vé aqui vuestra hija , vé aqui su seductor. Aquella belleza sobre quien solo vos teniais derecho , vino á mi poder involuntaria. Por mí se ha perdido aquella inexperta virtud. Por mí , Sara se arrancó de los paternos brazos , y por mi causa muere. Vuestra indulgencia me motiva mas dolor. Vengaos de mí : hacedme conocer que sois padre.

Cab. Si ; soy padre , Mellefont , y lo soy

demasiado , para no respetar la voluntad postrera de mi hija. Dexad que os estreche á mi corazon , hijo , que me costais tan caro.

Mel. No , Señor ; la divina Sara exige mas que la humanidad puede conceder. Vos no podeis ser mi padre. Vé aqui el puñal que Marwood queria esconder en mi pecho : yo la desarmé por mi desgracia , porque si hubiese caído á sus pies , victima rea de sus furiosos zelos , aun viviria Sara , tendriais una hija y la poseeriais sin el infelice Mellefont. Yo no soy dueño de cambiar lo sucedido , pero de mí depende el castigarme.

Cab. Detenedle , Waituvell. ¡Qué nuevo golpe!

Mel. Yo siento el efecto suyo. ¿Quereis ahora , Señor , nombrarme hijo vuestro , y como tal darme la mano? Así moriré feliz. ¿Habeis oido hablar de una Arabella por quien os rogó la moribunda Sara. Yo añado mis suplicas á las suyas. Pero ella es hija de la Marwood igualmente... ¡Qué dolor! Piedad , justo Cielo , piedad.

Cab. Si ahora los ruegos de los otros tienen fuerza , ayudemosle á impetrar gracia. Waituvell. ¡Ah! él era mas infeliz que culpable. Separémonos de un espectáculo que hace horrorizar la naturaleza. Un mismo sepulcro dé mansion á entrambos cadaveres , y despues pensemos en Arabella. Sea quien fuese , es en fin un dón que me ha hecho mi amada hija moribunda.

FIN.

Barcelona: Por la Viuda Piferrer , vendese en su Libreria,
administrada por Juan Sellent; y en Madrid
en la de Quiroga.